

## SEGUNDA PARTE

### ANTONIO

*Su munificencia no tenía inviernos;  
era un otoño continuo que se  
enriquecía de sus dones. Tras él se  
afanaban las diademas y las  
coronas. Como piezas de oro,  
dejaba caer de los pliegues de su  
toga las islas y los continentes.*

#### I

Después de cruzar corriendo los jardines transtiberinos, Cleopatra y su corte se embarcan en esquifes improvisados y bajan por el curso del Tíber hasta Ostia. Allí la hija de los Ptolomeo se sube a una galera egipcia que de inmediato levanta el ancla para reconducirla a Alejandría.

En una sobrecogedora página, Arthur Weigall nos describe su estado de ánimo en el momento en que cingla hacia la costa del Delta. Nos enteramos por él de que el torbellino de pasiones y de proyectos que la acosan no es menos grande que el tumulto que reina en la ciudad.

«Como si el soplo de mar adentro le hubiera devuelto su valor, nos dice, es con el deseo invencible de reiniciar la lucha que cingla hacia su país, a través del Mediterráneo. De la desesperación que la había agobiado a la muerte del dictador no quedan restos. A partir de ese momento ella reconstruía, sobre otras bases, sus planes naufragados. César estaba muerto, pero su potente personalidad reviviría en su hijo. Antonio sería el paladín del niño, puesto que al servir a su causa él serviría sus propias ambiciones. Las legiones que el dictador había dejado en Alejandría no dejarían de apoyarla. Ella pondría en la balanza, contra el incierto poder de Octavio, todas las riquezas de Egipto. Conduciría una guerra sin treguas, con el fin de crear el trono por el que César había sacrificado su vida; y sus armas se dirigirían contra esa forma de gobierno democrático que el dictador había tratado de trastocar — quizá instigado por ella misma .... Desde su silla, exaltado entre las constelaciones, su poderoso esposo le mostraría el camino y guiaría a su hijo hacia la meta suprema que le habían asignado sus ambiciones. Porque en verdad el vencedor de Pompeyo

era ahora un dios entre los dioses. Durante siete días se había distinguido, entre los astros, el brillo de un nuevo cometa y nadie ignoraba que era el alma ardiente del dictador que proseguía hacia el cielo su desenfadada carrera. En ese mismo instante, una extraña bruma velaba el sol, como si la luz de ese cuerpo celeste quedara eclipsada por la aproximación del divino Julio. Antes de su partida de Roma, había oído a los sacerdotes y a los personajes oficiales llamarlo dios: quizá había visto ella sus estatuas embellecidas por esa estrella de la divinidad que adornaba su frente después de su muerte. Él, ciertamente, no abandonaría a su reina y diosa-hermana; no toleraría que su hijo tuviera un destino mediocre. Desde sus sublimes alturas, él le ayudaría con sus rayos y bajaría a su auxilio sobre las alas del viento. No había, pues, la menor razón para desesperarse ....

»Con ese maravilloso optimismo que parece haber caracterizado a su naturaleza, ella orientaba sus pensamientos hacia el porvenir y ponía su madura inteligencia al servicio de los deberes que le esperaban. César se había encontrado en Egipto con una niña genial, pero despreocupada. Ahora era una mujer de gran inteligencia, animada por todo el entusiasmo y el ingenio de su raza y lista a combatir, como sus ancestros, sin debilidad ni escrúpulos, para acceder a la cima de sus ambiciones. Además, el factor mayor estaba entre sus manos, en la persona de Cesarión quien, en virtud de todas las leyes naturales, era el heredero legítimo del trono del mundo».<sup>cxl</sup>

Pero ¿quién es ese Cesarión, cuyo nombre aparece aquí por primera vez, y alrededor del cual gravitarán de allí en adelante todos sus pensamientos, todos sus actos? Tocamos aquí un punto capital — y este punto capital sigue siendo un enigma.

Respecto a este niño real los historiadores están divididos. Para unos, Cesarión es el hijo de César, sin que haya nada que replicar. Afirman que fue concebido en el palacio de Loquias, que Cleopatra lo llevó en su seno durante el viaje a Asuán y que nació en Alejandría a principios de julio de 47, en el momento que el *Imperator* partió para Antioquia. (Habría sido la expectativa misma de ese feliz evento lo que lo habría incitado a prolongar su estancia en Egipto). Fundan su opinión en un cierto número de testimonios, entre los que figuran, en primer lugar, los de Plutarco y Cicerón. Este último, en efecto, le pide a su amigo Ático, en una epístola fechada del 11 de mayo de 44, «que le dé noticias de la reina y *del hijo de César*». Dada la pluma de un hombre tan bien informado, esa fórmula merece que se le tome literalmente. Quienes defienden esta tesis invocan igualmente dos hechos importantes. El primero es que al día siguiente del asesinato de César, Antonio notificó oficialmente al senado que el difunto *Imperator* «había reconocido a Cesarión como su hijo». El segundo es que Antonio y Cleopatra celebraron la mayoría de edad de Cesarión a principios de abril de 30. Para los príncipes de sangre real, el acceso a la edad viril coincidía en general con el décimo séptimo aniversario.

De ahí que Cesarión efectivamente habría nacido en 47 y el desfase de veinticuatro días entre julio y abril corresponderían a la introducción del calendario juliano.

Pera para otros, el nacimiento de Cesarión se ubicaría no en julio de 47, sino alrededor del 20 de abril de 44, es decir posteriormente a la muerte de César. Por lo tanto, éste no habría podido reconocerlo como su hijo. Además, Cesarión habría sido concebido no en Alejandría sino en Roma, en una época en que César no estaba en la capital, ya que estaba ocupado en hacer la guerra en España. El padre de Cesarión no sería César sino Antonio, quien habría aprovechado la ausencia de su jefe para cortejar asiduamente a la reina de Egipto. Quienes defienden esta tesis se apoyan principalmente en un opúsculo redactado por Cayo Opio, un amigo de César, en relación con el cual Suetonio nos proporciona las siguientes precisiones: «César toleró que el hijo al que Cleopatra dio la luz fuera llamado por su nombre. Algunos griegos declararon que éste se parecía a César en su aspecto y en su modo de andar. Antonio afirmó ante el senado que César lo había reconocido y que varios amigos de César lo sabían, entre los cuales estaban Cayo Macio y Cayo Opio; pero éste último, como si el hecho requiriera ser establecido y demostrado, publicó un opúsculo cuyo título era: *No es el hijo de César aquel del que habla Cleopatra.*»

Los historiadores de los dos campos — aquellos para quienes Cesarión es el hijo de César y aquellos para quienes es el hijo de Antonio — han defendido sus respectivos puntos de vista con lujo de erudición. Han escudriñado una multitud de documentos con tal minucia que uno se queda deslumbrado ante la extensión de sus conocimientos. Pero cuando se examinan uno tras otro todos sus argumentos, se termina por no saber a quién darle la razón. A fuerza de traspasar fechas de nacimiento y entremezclar las paternidades, plantearon más problemas de los que resolvieron. Si Cesarión realmente era el hijo de César ¿cómo es que el vencedor de Pompeyo adoptó a Octavio? Y si era el hijo de Antonio ¿cómo es que Antonio nunca lo reconoció como tal?

Sin embargo, algo brota de esta controversia: ni unos ni otros — razonando *in abstracto* — parecen haber tomado suficientemente en cuenta la enormidad de lo que está en juego ni las pasiones del momento. Para todos los enemigos de César — y más todavía para algunos de sus amigos, como Octavio — era indispensable arruinar las pretensiones de Cesarión respecto a la herencia del Imperio. Para descalificarlo, todos los medios eran buenos y mejor que cualquier otro era el que consistía en afirmar que no era el hijo del *Imperator*. Puede ser que aquellos que cuestionan su filiación tengan razón. Pero nos vemos también forzados a constatar que a lo largo de dos mil años de historia el testimonio de Plutarco<sup>cxli</sup> y las declaraciones de Antonio han pesado más en la balanza de los siglos que las reticencias de Suetonio y los desmentidos de Opio.

En cuanto a Cleopatra, quien mejor que nadie debía saber qué sostener y cuyas relaciones con Antonio se habrían facilitado enormemente si hubiera podido persuadirlo de que Cesarión era su hijo, nunca dijo nada, convencida de que era el

alma de César la que revivía en él. En relación con esto, ella no parece haber tenido nunca la menor duda.

Es por ello que Weigall se rehúsa a ver en ella una criatura demoníaca, emboscada al fondo de una rutilante guarida oriental y tratando de hacer triunfar una impostura.<sup>cxliii</sup> Ella le parece más bien «la esposa y la viuda de un poderoso César, que valerosamente lucha por el niño que nació de sus amores y a través del cual se esfuerza por unir a Egipto con Roma».

## II

En Italia, la muerte de César marca el inicio de un largo periodo de agitación. El senado intentó retomar la dirección de los asuntos, pero como no pudo imponerse a las facciones desatadas se resignó a constituir un nuevo triunvirato. Éste quedó compuesto por Octavio, Antonio y Lépido. Octavio era el hijo adoptivo de César. Antonio y Lépido habían sido sus lugartenientes. Es decir que, contra toda expectativa, el poder termina por caerle no a los partidarios de Pompeyo ni a los turiferarios de la República, sino a los más reputados jefes del partido cesariano.

Esta imprevista evolución arrincona a los conjurados en la desesperación. Sin saber cómo escapar a las represalias que los amenazan, se dispersan en todas direcciones. Algunos de ellos se van a ocultar al campo; otros toman el camino del exilio. Bruto y Casio se refugian en Macedonia. Rehusando declararse vencidos, organizan allí un ejército con la intención de hacerle frente a los nuevos triunviros. Pero Antonio y Octavio los persiguen a través de Tesalia y terminan por aplastarlos en la planicie de Filipos (42 AJC).

Ese desastre acaba con las esperanzas del partido republicano. Casio encuentra la muerte en el campo de batalla. En cuanto a Bruto, imitando el ejemplo de Catón, prefiere suicidarse antes que sobrevivir al derrumbe de su ideal.

La desaparición de los últimos conjurados le deja el campo libre a los triunviros. ¿Cómo son esos hombres que de ahí en adelante habrán de repartirse el temible honor de presidir los destinos del Imperio?

Lépido es, con mucho, el más insignificante de los tres. Da la impresión de ser un hombre prematuramente envejecido, que muy pronto abandonará el escenario sin hacer hablar de él.

Octavio, en cambio, es todavía un joven. Su carrera no hace más que comenzar. No obstante, son raros aquellos que le predicen un bello porvenir y se requiere que el tiempo sea un gran mago para haber sabido extraer de esa extraña crisálida la maravillosa mariposa que se llamará Augusto. Puesto que padecía de hipotermia, vivía arropado en ropas de lana de limpieza dudosa. Su pálida tez, sus párpados inflamados por una blefaritis crónica y su cara cubierta de barro le dan un aspecto malsano. No tiene ni resistencia física ni valor ni brillo. Un ligero

tartamudeo le imposibilita toda elocuencia. En cuanto a su carácter, lo menos que se puede decir es que es hipócrita y disimulado. Tampoco es él popular entre las tropas. Ello quedó bien claro al final de la batalla de Filipos, cuando los prisioneros desfilaron ante los generales vencedores: saludaron a Antonio con mucha mayor deferencia, pero profirieron injurias en dirección de Octavio. Esa diferencia de trato — unida al hecho, disimulable con dificultad, de que Octavio tomó parte de manera insignificante en el combate — contribuyen a hacer de Antonio el verdadero triunfador de la jornada. Para él, la victoria de Filipos representa una nueva Farsalia.

Deslumbrado por la creciente gloria de Antonio, el senado decreta que sea él quien visite el Oriente con el fin de recolectar fondos y de afirmar allá la autoridad del triunvirato, en tanto que Octavio regresará a Italia para mantener allí el orden, y que Lépido administrará las provincias africanas. Al atribuirle a Antonio lo que con mucho es la porción más vasta y más rica del Imperio, la asamblea implícitamente le otorga la preeminencia sobre sus colegas y relega a Octavio y a Lépido a un segundo rango. Es así que a la cabeza de un inmenso ejército, del cual la mayoría de sus elementos había sido reclutada por César antes de su muerte,<sup>cxliii</sup> el vencedor de Filipos prosigue su marcha triunfal a través de Grecia y Asia Menor. Después de una corta estancia en Efeso, termina por establecer su cuartel general en Tarso, la capital de Cilicia.

Una de sus primeras preocupaciones al llegar a esa ciudad es restablecer los contactos con la reina de Egipto.<sup>cxliv</sup> Ello no será difícil, porque ya la conoce. Pero él sí que se cuidará de caer en sus redes, como imprudentemente lo hizo César! Está demasiado bien prevenido contra sus artificios. Convencido de que es tan gran estratega en materia amorosa como en el campo de batalla, decide no presentarse ante ella sino convocarla a Tarso, con el pretexto de que tiene algunas explicaciones que solicitarle. ¿Es acaso verdad, como se pretende, que ella se entrevistó con Bruto y Casio al día siguiente de los idus de marzo? ¿Es verdad que hizo causa común con los asesinos de su amante? Eso sí que le daría un aspecto lamentable a su carácter! Que venga ahora a disculparse ante un tribunal que él mismo presidirá! Eso rebajará su soberbia y le hará sentir quién de los dos es el amo! Que haga la confesión de su duplicidad! Después de lo cual, él determinará cuál es el modo más conveniente de tratarla....

Llama a un oficial de nombre Quinto Delio y le ordena que parta de inmediato para Alejandría.

— Dile a Cleopatra que la espero en Tarso, lo instruye. Hazle comprender que estoy muy molesto con ella y que he decidido hacerla pasar por un tribunal... O mejor no. No se lo digas. Se corre el riesgo de que no venga. Y yo tengo una necesidad urgente de verla. Emplea los argumentos que quieras, pero tráemela cueste lo que cueste....

Delio parte para Alejandría y se presenta en el palacio de Loquias. Es llevado ante Cleopatra. Pero apenas comienza a exponer las quejas de Antonio que la reina le corta la palabra.

— ¿Explicaciones? le dice ella prorrumpiendo en risa. Me parece que soy más bien yo quien puede pedir las! Mi hijo Cesarión es el heredero de César. Antonio mismo se lo notificó al senado. ¿Cómo es que después lo traicionó pactando con Octavio?

Esa entrada en materia le corta el aliento a Delio. Nada de eso facilita su negociación. Pero como sabe el valor que Antonio le confiere a la llegada de Cleopatra, se esfuerza por calmarla trazándole un retrato elogioso del triunviro. Exalta su generosidad, su desbordante vitalidad y sobre todo su desenfrenado amor por la vida.

Cleopatra lo escucha con muecas de impaciencia. Hace mucho tiempo que conoce el carácter de Antonio y no necesita que se lo describan. A menudo César le habló de él. Le describió su bravura, su bondad innata, pero también su naturaleza turbulenta y versátil. La puso en guardia contra sus cambios de humor y su gusto excesivo por la fastuosidad y la puesta en escena. La reina de Egipto, que tiene sus propios informantes, sabe que al llegar a Efeso Antonio hizo su entrada en la ciudad precedido por un cortejo de sátiros y de bacantes, para convencer a los efesios que él era el nuevo Dionisos. Pobre Antonio! Se requiere mucho más para que ella crea en su genio....

Si Antonio tiene prisa por verla, ella también tiene el deseo de acercarse a él. Hace mucho tiempo que puso sus miras en ese hombre de cerebro de niño pero de músculos de Hércules, a quien ella ha decidido confiarle sus intereses. Pero ella no actuará con Antonio como con su predecesor. Ella no lo seguirá con una admiración muda. Esta vez ella se propone conservar su libertad de acción y, si se hace del rogar, no es porque Antonio le dé miedo: es porque no quiere dar la impresión de que acude a su primer envite.

Porque, a pesar de las apariencias, la situación no ha cambiado en nada desde agosto de 44, fecha en la que ella tuvo su primer encuentro con César. Como en aquel entonces, el Oriente y el Occidente no pueden pasarse uno del otro. Roma — es decir, Antonio — necesita los tesoros de Egipto. Y Egipto — es decir, Cleopatra — necesita las legiones romanas....

Sólo una cosa le interesa a la reina: el futuro de Cesarión. Ahora bien, ella sabe que el hombre que le hace correr el peligro más grande a su hijo no es ni Antonio ni Lépido: es Octavio. Para ella, él es peor que un enemigo: *es un rival*. Más perspicaz que el senado romano, ella se cuida de tomarlo por una persona inconsistente. Ella adivinó detrás de sus delgados labios y su mirada glacial la voluntad implacable de acceder a la suprema magistratura. De todos los dirigentes romanos, es él a quien ella más teme.

Es por ello que comenzó a acercarse a Bruto y a Casio. Puesto que César estaba muerto, nada lo haría resucitar. Pero sus asesinos eran necesariamente los enemigos jurados de Octavio y derrocar a Octavio era su preocupación esencial.

Una vez fallecidos Bruto y Casio, Antonio es el único susceptible de cerrarle el camino. Es por lo que ella se fijó un programa muy simple: desligar a Antonio de Octavio, dirigirlo en su contra. No en virtud de sus ambiciones personales, sino en nombre de los derechos reconocidos y proclamados de Cicerón.

Para llevarlo a ello, está dispuesta a depositar a sus pies todos sus tesoros. Pero se cuida de decírselo. Se limita a declararle a Delio, después de unos instantes de reflexión, que irá a Tarso no en calidad de acusada, sino rodeada de todo el fasto de una soberana que está de viaje.

Delio, que sabe hasta qué punto le escasean a Antonio los recursos, no dice que no. Mejor aún, la anima a ello.

— Usted no tiene nada que temer de mi amo y sí mucho que esperar, le asegura en voz baja. Antonio es humano. Sus prevenciones en su contra se desvanecerán rápidamente. Prepare su equipaje. Embárguese con todo lo que pueda darle la idea más lisonjera de sus riquezas. Mientras más grandes le parezcan, más seducido quedará. Imite a Hera, cuando subió a unirse con Zeus a la cima del monte Ida, para adormecerlo y permitir que Poseidón fuera en ayuda de los aqueos...<sup>cxlv</sup>

Cleopatra tiene el oído demasiado fino como para no entender entre líneas lo que significa esa alusión. ¿Antonio quiere jugar al amo del Olimpo? Adelante! Ella sabrá, como Hera, encontrar un medio para adormecerlo....

### III

Cleopatra entonces se pone en camino, preparada para encontrarse no con un genio complejo y dominante como César, sino como «un hombre que sería bastante similar a los otros si no fuera porque encarnaba, de una manera casi monstruosa, las fuerzas y las debilidades de la naturaleza humana».<sup>cxlvi</sup> ¿Antonio quiso impresionarla? Qué niño! Ella se las arreglará para impresionarlo aún más.

Navegando a través del Mediterráneo oriental, la flota egipcia pasa entre Chipre y la costa de Siria y llega, unos cuantos días más tarde, a la desembocadura del Cidnus. De allí remonta el río en dirección de Tarso, que se eleva a algunas millas de la costa, al pie de las umbrías estribaciones del Taurus.

Ya cerca de la ciudad, el río se ensancha para formar un lago. Es en esa especie de rada, que sirve como sitio de anclaje a los navíos mercantes, que se detiene la flota egipcia en las últimas horas de la tarde.

Tan pronto le informan de su proximidad, Antonio se dirige a la plaza del mercado, transformado por la circunstancia en tribunal público. Subido en la estrada

reservada a los magistrados, espera a Cleopatra, convencido de que apenas desembarque correrá hacia él para justificar su conducta.

Pero al anunciarse la llegada de la flota egipcia, toda la población de la ciudad se abalanza al puerto para disfrutar del espectáculo. Y hay que reconocer que éste ameritaba que uno se tomara esa molestia.

— Es Afrodita en persona! exclama la muchedumbre entusiasmada, es Afrodita que vino a festejar a la mesa de Dionisos, para el mayor bien de toda Asia!

Como por encanto, la plaza del mercado se vacía. Escribanos y asesores se unen al movimiento, de manera que Antonio se encuentra solo en la cúspide de su tribunal! Qué situación tan grotesca! Él esperaba abatir de un solo golpe el orgullo de Cleopatra y he aquí que, invirtiendo los papeles, Cleopatra lo ridiculiza inclusive antes de haber desembarcado! Él espera todavía un momento, pierde la paciencia y sin saber ya qué hacer, le envía un mensaje para invitarla a cenar con él. En respuesta, Cleopatra le ruega que sea su huésped a bordo de su galera. Muy amablemente, ella le pide que traiga con él a los mejores oficiales de su estado mayor y a todas las personalidades locales que tenga a bien elegir.

Esto pone a Antonio en una postura todavía más embarazosa. ¿Deberle algo a la reina? Es justamente lo que quería evitar. Se apresta a rehusar. Pero cuando llega al ayuntamiento, los consejeros municipales lo presionan para que acepte. Le ruegan que no los prive «de un placer tan excepcional». Ante la simple palabra «placer», que ejerce sobre él un atractivo invencible, Antonio siente que se funden sus últimas veleidades de resistencia: termina por aceptar.

No sólo acepta: se precipita hacia el puerto para ver si la galera real corresponde a la descripción fantástica que le han hecho de ella. Lo que percibe entonces supera a la imaginación.

«A través de las tranquilas aguas en las que se reflejan los últimos resplandores del poniente, nos dice Weigall, la nave real se desliza, maniobrada por bancos de remos empotrados de plata, sus inmensas velas de púrpura inertes en el aire del atardecer. Dos timones en forma de remo la dirigen. Sus timoneles están de pie en la popa, bajo una cubierta dorada que evoca la apariencia de una enorme cabeza de elefante levantando su trompa hacia el cielo.<sup>cxlvii</sup> Bellas esclavas que representan Ninfas y Gracias rodean a los timoneles. Una orquesta de arpas, flautas y caramillos ejecuta una melodía que parece acompañar la lenta cadencia de los remos. Cleopatra, engalanada con las atavíos de la diosa Venus, aparece extendida bajo un baldaquín pasamanado de oro y, a cada lado de su lecho, efebos vestidos de cupidos laorean con plumas de avestruz, teñidas de colores llamativos. Frente al dosel real se erigen pebeteros de bermejo desde donde se elevan espirales de humo del incomparable incienso egipcio, cuyo insinuante aroma se propaga hasta la ciudad.

»Por fin con los últimos resplandores del día la galera es conducida hacia el muelle. Antonio sube a bordo, seguido de sus principales ayudas de campo y de los



notables de la ciudad. El encuentro con la reina se efectúa bajo el signo de la más amable cordialidad. Ante semejante decoración él no puede con decencia erigirse en censor ni exponerle sus quejas! Olvidando por completo las razones por las cuales la había convocado a Tarso, Antonio se abandona a la dulzura crepuscular, al encanto de Cleopatra, a la voluntad sutil de la música, al mareo del incienso y de las invaluable plantas aromáticas, al chapoteo de las aguas contra el casco del navío. Ni siquiera se le ofrece la ocasión para una conversación seria, pues los convidados pronto descienden a la sala de banquetes en donde se les sirve una comida de una magnificencia inaudita. Doce *tricliniums*, cubiertos de bordados y llenos de cojines están dispuestos en el perímetro de la sala, y una mesa baja, colocada ante cada uno de ellos, tiene platos de oro incrustados de piedras preciosas y copas cinceladas de un trabajo exquisito. Bordados de oro y púrpura tapizan los muros; flores alfombran el piso. Antonio no puede contener una exclamación de sorpresa ante la suntuosidad de la recepción. Pero Cleopatra responde que su hospitalidad es indigna del menor comentario y le hace don, en ese mismo instante, de todo lo que sirve para realzar el brillo del festín: la vajilla de oro, las copas, los divanes y las colgaduras». <sup>cxlviii</sup>

Al terminar el banquete una sorpresa suplementaria espera a los convidados. Durante la comida, los equipajes montaron en el puente una selva artificial, cuyos ligero enramado está iluminado por una miríada de farolillos multicolores. Y mientras una fresca brisa desciende del Taurus, es en una atmósfera de cuento de hadas que ellos disfrutan la compañía animada de la seductora joven reina, «hasta el momento en que el vino declina en las ánforas y el aceite baja en las lámparas». <sup>cxlix</sup>

Al alba, cuando Cleopatra se despide de sus invitados, Antonio levemente titubea y no sabe ya muy bien en dónde pasó la noche: si en la tierra o en el Olimpo.

En cuanto a la reina, ésta no puede evitar una sonrisa al conducirlo hacia la escalera del portalón: a pesar de sus bellas resoluciones, el vencedor de Filipos sucumbió a su encanto como no había nunca sucumbido César....

#### IV

Al día siguiente, Cleopatra renueva su invitación. «Esta vez, nos dice Plutarco, la recepción es de un fasto tal que hace parecer mediocre al festín del día anterior». No sólo la reina dona a sus convidados los sofás en los que se recostaron y las copas en las que bebieron, sino que esta vez les ofrece además a sus huéspedes de marca literas con esclavos adultos que les sirven de cargadores y adolescentes etíopes, que los preceden con antorchas en todos sus desplazamientos. En cuanto a los invitados menos eminentes, les ruega que acepten caballos blancos con arneses de oro en recuerdo de la velada. <sup>cl</sup>

Es sólo al otro día que Cleopatra se digna por fin cenar en casa de Antonio. Éste ha agotado todos los flacos recursos de Tarso con la esperanza de organizar una

fiesta capaz de rivalizar con las de ella. Qué infortunio! Fracasa lamentablemente y no tiene otro medio, para salvar la cara, que convertir él mismo en objeto de risa la torpeza de sus esfuerzos. Pues mientras que las dos recepciones de Cleopatra habían estado marcadas por una conversación brillante y refinada, el banquete de Antonio lleva la impronta «de una especie de torpeza zafia». Cleopatra no se molesta, sino todo lo contrario. Con una habilidad consumada, se coloca en el diapasón de su anfitrión. «Constatando que su burla era pesada y ruda y que olía al soldado más que al cortesano, nos dice Plutarco, espontáneamente adoptó el tono y replicó en el mismo tenor, sin repugnancia y con la mayor habilidad». Con ello Antonio se siente en su elemento: pierde en relación con ella todo complejo de inferioridad.

El cuarto día, Cleopatra ofrece un nuevo banquete a los generales romanos. Esta vez, el parqué de la sala de fiestas está recubierto por una capa de pétalos de rosas de sesenta centímetros de espesor, retenido por una rejilla de cuerdecillas de seda, y es desplazándose sobre esa alfombra odorante que los invitados se dirigen a sus respectivos lechos.

Frente a los esfuerzos de Antonio por rivalizar con ella, la reina a veces opone una graciosa indiferencia o un sonriente desdén, fingiendo extrañarse que él no esté en capacidad de dar a sus fiestas ese aspecto de cuento de hadas que caracteriza a las que ella le ofrece a bordo de su galera. Él termina por preguntarle qué conviene hacer para realzar el lustre de sus propias recepciones. A su vez, Cleopatra está encantada: es la primera vez que el triunviro le pide un consejo.

— Las recepciones que hasta ahora le he ofrecido son de una lastimosa rusticidad, le declara sonriendo. Fácilmente podría ofrecerle un banquete cuyo costo rebasaría ....

Aquí ella menciona una cifra cuyo equivalente en nuestra moneda actual sería vano pretender establecer.

Como Antonio exclama que es materialmente imposible, Cleopatra propone que se apueste y que un cierto Planco sea el árbitro.

El día fijado, Antonio se presenta a bordo de la galera real. Constatando que el lujo de la decoración no rebasa el de las recepciones precedentes, no puede reprimir un movimiento de satisfacción.

— Gané la apuesta! exclama con una petulancia juvenil.

— Tenga un poco de paciencia, le responde Cleopatra. Esto no es más que el comienzo. Ahora voy a intentar destinar la suma convenida a mi sola persona.

A una orden suya, un esclavo deposita ante ella una copa con un poco de vinagre. Rápidamente, se quita una enorme perla que le sirve de arete y lo deja caer en el vinagre, en donde se disuelve. Tan sólo esa joya vale más de la mitad de la suma apostada. Después de beberse el contenido de la copa, hace que le traigan otra y se apresta a dejar caer en ella la segunda perla cuando Planco la detiene y declara que la apuesta está ganada. Antonio está estupefacto. Un poco molesto también, pues nunca había imaginado hasta dónde podía llegar su astucia.

Atribuir la extravagancia de Cleopatra únicamente al deseo de impresionar a Antonio mediante la exhibición de su riqueza — como lo hizo la mayoría de los historiadores romanos — sería equivocarse de cabo a rabo. Todos y cada uno de sus actos estaban dictados por poderosos motivos políticos. Si Cleopatra no retrocede ante el gasto, si multiplica sus tentativas de seducción, es que persigue el plan que se trazó antes de ir a Tarso: darle a Antonio una probada de sus inmensos recursos para decidirlo a pactar una alianza con ella.

No hay en sus actos ninguna vanidad, ni siquiera de verdadero despilfarro. Ella juega una partida formidable en donde las apuestas son elevadas. Se trata de recrear las condiciones necesarias para la conquista del imperio con el que, junto con César, soñó, y del que fue frustrada por la muerte del dictador. ¿Qué pesan, ante la contemplación de un proyecto así, unas cuantas literas doradas o algunas perlas disueltas?

Si ella hubiera sido hombre, no habría tenido necesidad de jugar el papel de seductora! Ella habría tomado en sus manos la dirección de las operaciones. Pero es mujer y no puede personalmente encabezar un ejército. En cuanto a su hijo Cesarión, es demasiado joven para ejercer el mando. La cooperación de Antonio le es, pues, indispensable. El hecho de revelarle la magnitud de su fortuna se presenta, por lo tanto, como el medio más seguro de ganárselo.

Pero en Tarso ella no dispone más que de una pequeña parte de sus recursos. Es sólo en Alejandría que ella se le aparecerá a Antonio en todo el esplendor de su poder. De ahí que decida no prolongar su estancia en Cilicia.

Al décimo cuarto día, le comunica a Antonio su intención de regresar a Egipto y lo invita a seguirla. Antonio se apresura a aceptar. (Huelga decir que ya abandonó por completo la idea de juzgarla). Promete alcanzarla lo más pronto posible y se declara «listo a satisfacer el menor de sus deseos».

Por primera vez desde los idus de marzo, el porvenir se presenta a Cleopatra con un aspecto más prometedor. De ahí que sea con un corazón aligerado que navega a través del Mediterráneo hacia su prestigiosa capital, arrastrando en su estela a un triunviro a la vez subyugado y deslumbrado.

## V

Comienza entonces para los dos amantes una existencia voluptuosa, tan cargada de ebriedad que los contemporáneos la identificarán con los amores de Afrodita y de Baco. Poetas, pintores y cronistas hablarán de ella a lo largo de los siglos. Y por mucho que se diga que la imaginación de los hombres la vistió de colores más bellos de lo que fue en realidad, de todos modos tuvo que haber ofrecido un espectáculo inolvidable para que un reflejo de su encanto haya llegado hasta nosotros.

Una vez en Egipto, Marco-Antonio se libra sin medida a toda clase de extravagancias. Apenas Cleopatra hace un gesto que él trata de superarla. «Sería infinitamente ocioso, escribe Plutarco, rendir cuenta de manera detallada de todas las locuras a las que Antonio se libró en Alejandría». La capital de Egipto parece actuar sobre él como un afrodisíaco y es seguro que todo lo que allí vio debió contribuir a exaltar su natural inclinación por el lujo y la voluptuosidad.

Muy pronto Antonio adopta las costumbres del país. Se quita la toga romana para adoptar el clámide griego; calza los coturnos blancos que se llevan en Ática; se esfuerza por hacerse agradable a los nobles macedonios que frecuentan la corte. Visita varias veces por semana a los artistas y a los sabios y pasa gran parte de su tiempo entre los filósofos del *Museion* porque, si intenta igualar el lujo de Cleopatra, aspira también a no serle inferior en saber. El resto del día está consagrado al ejercicio físico violento: cabalgatas interminables, concursos de natación, de lucha, de esgrima.

Muy pronto su relación, sancionada por los sacerdotes, se transforma en una «unión celestial», parecida a la que había vinculado a Cleopatra con César<sup>cli</sup>.

Pero, desgraciadamente, Antonio no es César y Cleopatra no tarda mucho en percatarse de ello. El vencedor de Pompeyo la había prevenido de que él no era más que un adolescente dotado de una elogiabile virilidad, tan presto al entusiasmo como al desaliento, pero incapaz de seguir una idea hasta el final. Lo que lo hace tan seductor es su increíble generosidad y la especie de frenesí con la que se precipita a los placeres.

Dotada de un sentido psicológico agudo, la hija de los Ptolomeos discernió de entrada que el medio más seguro para conservar sus favores era tomarlo por su punto débil, es decir, por los sentidos. Amante del fasto, ella lo supera en fasto al punto de obligarlo a renunciar. Sensual y disoluto, ella lo acompaña hasta en sus orgías. Ya en Tarso ella creyó apropiado ponerse a su nivel adoptando su lenguaje de sub-oficial y sus bromas de cuerpos de guardia. Pero ella es demasiado orgullosa para no sentir cuánto la degrada ese papel. Junto a la embriagadora epopeya que vivió al lado de César, la vida con Antonio le parece una triste bacanal. Qué amargo es tener que cenar todas las noches con los «Inimitables Vividores»,<sup>clii</sup> cuando se tiene su lugar apartado en el banquete de los dioses! Muy pronto ella llega a despreciar a Antonio y la especie de confusión alegre en la que se complace. Ah! La embriaguez de César tenía otro aspecto...

A pesar de su decepción, ella tendrá gemelos que llevarán los nombres de Alejandro-Helios y Cleopatra-Selena. Pero nunca ocuparán en su corazón el lugar que allí ocupa el hijo de «el otro». Basta con comparar la pasión exclusiva que le profesa a Cesarión con el afecto banal que les aporta a los niños de su segunda cama para medir la diferencia de sentimientos que le inspiraron sus dos esposos. Si ella puso a Antonio en su mira, no es porque haya visto en él una bestia magnífica de

hacer la guerra y el amor sino porque lo consideró como el hombre mejor situado para asegurar la elevación de su hijo.

De ahí que la saque de quicio verlo desperdiciar su tiempo en diversiones inútiles, mientras que Octavio no deja de reforzar su posición en Italia. A pesar de las apariencias, ella nunca pierde de vista la misión que le asignó. Una frase de ella, que Plutarco reporta, nos dice mucho sobre el tema.

Un día que Antonio se solaza en uno de sus entretenimientos preferidos — la pesca con caña — y que pasa mucho tiempo sin lograr nada, el triunviro tiene la idea de hacerse guarnir su caña por un buzo, que subrepticamente engancha pescados a su anzuelo. Orgulloso de sí mismo, Antonio regresa entonces con pescados impresionantes y recibe el aplauso de Cleopatra y los miembros de su corte. Pero la reina adivina el subterfugio. Al día siguiente, ella invita a varios cientos de personas a que vayan a admirar la habilidad del triunviro. Se procura un pescado ahumado como los que preparan los ribereños del mar Negro, le ordena a un esclavo que se sumerja bajo la embarcación de Antonio y que lo enganche a su anzuelo tan pronto toque el agua. La inesperada aparición de esta especie de arenque ahumado provoca en la asistencia grandes carcajadas. Entonces, volviéndose hacia el triunviro, un tanto decompuesto, le dice:

— General, deje la caña de pescar a los pobres pescadores de Faros y de Canope; *usted* juegue con las ciudades, las provincias y los reinos!

Porque le parece inconcebible que, cuando se tienen tantos ases en la mano, se sacrifique el dominio del mundo por partidas de pesca y la conquista de Roma por campeonatos de esgrima....

## VI

Durante todo ese tiempo, Octavio, con un espíritu metódico que deja traslucir sus verdaderas intenciones, implacablemente acrecienta día tras día su dominio en Italia. La inacción de Marco Antonio, junto con su prolongada ausencia, favorece magníficamente su ascenso. Que Antonio se cuide! Corre el riesgo de que el día que despierte de su sueño y haga a un lado los humos del alcohol, para retomar la despectiva expresión de Plutarco, sea demasiado tarde!

Ahora bien, como otrora César en la primavera de 47, he aquí que en febrero de 40 Antonio recibe malas noticias de Roma. Un mensajero le informa que su esposa Fulvia tuvo que huir de Italia, después de una tentativa abortada por derribar a Octavio. En Siria la situación es más preocupante todavía. Ciertos príncipes sirios, que el triunviro depuso el otoño anterior, han hecho causa común con los partos. Descendiendo desde el noreste, éstos se abalanzan sobre Antioquía para correr de allí a Décimo Saxa, el nuevo gobernador que Antonio recientemente había instalado. Las fuerzas romanas en Siria, que se reducen a las viejas legiones que combatieron

en Filipos, no estarán nunca en capacidad de rechazar esa avalancha. A pesar de su despreocupación, Antonio aprecia la gravedad de la situación. Informa de ello a la reina y le hace saber que se verá forzado a dejarla bruscamente.

Siete años antes, la partida de César representó para Cleopatra un sacrificio cruel. Pero ella tenía una confianza absoluta en el *Imperator*. Cuando él le prometió que regresaría a Egipto o que la instalaría en Roma, ella había creído en su palabra y él había cumplido con sus compromisos.

¿Pero Antonio? ¿Podía uno fiarse de él? ¿Cómo se conducirá cuando ella ya no esté a su lado para impedir que haga locuras? ¿No hay todo que temer de un hombre tan veleidoso? Es por ello que su corazón se llena de angustia al ver desaparecer en el horizonte la galera que lo lleva hacia un destino ignoto.

Sus peores aprehensiones se confirman muy pronto. Durante los meses que siguen, se entera sucesivamente de que los partidarios de Antonio, rodeados en Perusa, fueron aplastados por los de Octavio, que el triunviro estuvo perdiendo el tiempo en Atenas con su esposa Fulvia, que ésta falleció súbitamente y que, desde el día siguiente, haciéndola a ella responsable de su oposición a Octavio, Antonio no encontró nada mejor que hacer que ir a reconciliarse con su rival. Y eso no es todo!

Durante un encuentro en Brindisi (septiembre de 40), los dos triunviros concluyen un acuerdo en términos de los cuales Octavio seguirá siendo *autocrator* en Italia y ejercerá el poder en todas las provincias europeas, incluidas Dalmacia e Iliria, en tanto que Antonio, amo del Oriente, gobernará Macedonia, Grecia, Bitinia, Asia, Siria y Cirenaica. Por último, para sellar dicho acuerdo, Antonio se casa con Octavia, que es la hermana de Octavio, sellando así una alianza entre las dos familias. Un enemigo del triunviro lleva la perfidia hasta hacerle saber a la reina que la boda se celebró a finales de octubre de 40, en medio de un regocijo general, porque el pueblo romano se vio «infinitamente tranquilizado al ver que los dos rivales, cuyas disensiones habían causado tanta miseria y efusiones de sangre, fraternizaban en las calles de la capital».

Como si fueran puñaladas, esas noticias traspasan el corazón de Cleopatra. Una tras otra, las pasiones más contradictorias — el amor, los celos, la cólera, el odio — la agobian y se convierten en un suplicio. Octavia es el modelo de las esposas romanas. Dulce y virtuosa, se esfuerza por crear una atmósfera familiar alrededor de su marido. Pero inclusive eso no sería gran cosa, pues Cleopatra duda mucho que Antonio llegue alguna vez a disfrutar los placeres del hogar. Lo que no le perdona a Octavia es que sea más bella y, ciertamente, más joven que ella. Cleopatra solloza, gime, se retuerce de dolor y se pregunta por qué Antonio da pruebas respecto a ella de una ingratitud tan negra.

Durante todo este tiempo, con una inconsistencia prodigiosa, Antonio regresa a Atenas en donde, como de costumbre, prosigue con sus festines. Juega el papel de Dionisos, se hace aplaudir por la muchedumbre y llega hasta ocupar el lugar de la estatua de Baco, durante la ceremonia que conmemora el matrimonio del dios con

Atenea. Parecería que Cleopatra y Egipto nunca existieron para él. Además, su popularidad no deja de crecer. Aprovecha para crear un enjambre de pequeños reinos alrededor de Grecia, con la esperanza de que sus soberanos le serán devotos. Herodes se convierte en rey de Judea; Darío, hijo de Farnacio, es nombrado rey del Ponto; Amintas recibe el trono de Pisidia; Polemón se ve atribuida la corona de Licaonia. No contento con emborracharse con ambrosía, ahora resulta que Antonio quiere embriagarse con aclamaciones. Y cuando, después de una serie de reveses en Siria, Ventidio Baso, uno de sus generales a quienes encargó rechazar a los partos, regresa anunciando que el enemigo fue aplastado — que es todo lo contrario de la verdad, como el futuro lo demostraría — el entusiasmo general alcanza su delirio. El vencedor de Filipos aprovecha para obtener del senado la renovación del triunvirato por un periodo de cinco años (enero de 37). Tan pronto es confirmado en sus funciones concluye un nuevo acuerdo con Octavio en términos del cual le cede, a cambio de veintidós mil legionarios, ciento treinta navíos de su flota para permitirle hacerle la guerra a Sexto Pompeyo. Ese trueque significa que no ve ningún inconveniente en que su rival ejerza el dominio en el Mediterráneo. Todo eso lleva la marca de una perturbadora ligereza ....

Durante más o menos cuatro años Antonio descuida a Cleopatra y no le da ninguna señal de vida. Pero la inconstancia de Antonio y sus irrazonables impulsiones hacen que cada uno de sus actos sean absolutamente imprevisibles. De pronto, Atenas lo aburre y Octavia lo fastidia. De un día para otro, la regresa a Atenas. Para evitar tener que darle explicaciones a Octavio, se disgusta con él. Es imposible no perderse en conjeturas sobre las razones de este súbito cambio. ¿Será acaso el anuncio de una segunda victoria sobre los partos, obtenida por Ventidio Baso, lo que despierta sus viejos sueños de conquista oriental? No es imposible porque, de pronto, el Oriente acapara sus pensamientos. «Es en el Oriente que está el poder, le repite a sus íntimos. Es allí que yo me forjaré una gloria imperecedera; es de allí que yo regresaré como vencedor para quitar a Octavio de Italia, ese presuntuoso engendro que nunca he podido soportar ...»

Se embarca para Corfú con destino a Siria, decidido a romper todos los nexos con Roma hasta el día en que pueda regresar a ella como conquistador. En ese instante, el recuerdo de Cleopatra le viene a la memoria. Vuelve a ver en el pensamiento la «inimitable vida» que llevó con ella en Tarso y en Alejandría y, como si no hubiera pasado nada, le encarga a uno de sus lugartenientes, Fonteio Capito, que se presente en Egipto para invitar a la reina a unirse a él en Antioquía.

Este cambio de actitud le pareció tan extraño a los historiadores romanos que — por no poder explicar su causa — se la atribuyen a una brusca llamarada de sensualismo. «Entonces, escribe Plutarco, ese pestilente amor por Cleopatra, que mejores pensamientos parecían haber adormecido, comenzó a encenderse una vez más y fue creciendo a medida que se aproximaba a Siria, al grado de que,

rechazando todo consejo honesto y saludable, se escapó de su alma, como el caballo rebelde e indomable del que habla Platón».

## VII

Si esa inesperada decisión desconcertó a los historiadores, podemos imaginar el choque que debió haberle causado a Cleopatra. Al enterarse del mensaje que le aporta Fonteio Capito, una multitud de pensamientos contradictorios le cruza por la cabeza. Después de cuatro años de silencio, Antonio le pide que vaya a Antioquía! ¿Debe ella hacer borrón y cuenta nueva de todas las afrentas que ha padecido? ¿O bien debe ella responder con un altivo rechazo? En tanto que mujer, ella de preferencia elegiría la segunda solución. Es la única que salvaguardaría su dignidad, proporcionándole al mismo tiempo un medio para a su vez hacer sufrir a Antonio. Pero en tanto que reina, ella sabe muy bien que no puede pasarse de él. Su ausencia ha sido para ella una agonía, porque él le hizo ver con toda claridad la extensión de su impotencia. Sin Antonio no puede realizarse ninguno de sus planes. Y además ¿quién llegará a conocer alguna vez el fondo del corazón humano? A pesar de todas sus traiciones, su inconstancia, inclusive su egoísmo, Cleopatra ama a Antonio. Algo de irresistible en ella quisiera precipitarse hacia ese niño turbulento y generoso para verlo, tocarlo, estar segura de que todavía está vivo e infligirse esa desgarradora felicidad, aunque dulce de manera suprema: perdonarle su ausencia y agradecerle que haya regresado ...

Cleopatra, por consiguiente, irá a Antioquía. Pero como ella desconfía de sí misma, no se reconciliará con Antonio más que después de haber formulado sus condiciones. Y sus condiciones serán más draconianas aún mientras más indigna hacia ella haya sido su conducta.

Ella quiere que de ahí en adelante sus relaciones queden definidas por un acuerdo como es debido, del cual el triunviro no podrá evadirse. Si Antonio desea regresar a la vida en común que empieza por casarse con ella. No en secreto, sino ante los ojos del mundo. La época de los equívocos y de las salidas falsas quedó atrás. Además, Antonio deberá declararse abiertamente enemigo de Octavio y conducirse como tal. Deberá comprometerse a reconquistar el Oriente hasta el Oxus, es decir, retomar por cuenta propia los proyectos de César. Por último — y esta es la cláusula más importante del tratado — deberá consentir en que el único heredero del poder de ambos sea su hijo Cesarión. Es armada con ese ejército de resoluciones que se dirige a Antioquía, a finales de 37.

Antonio no habría sido Antonio si no se hubiera trastornado volviendo a ver a Cleopatra. Totalmente inconsciente de la acumulación de perjuicios que, a lo largo de cuatro años de separación, no dejó de causarle, se precipita a su encuentro para



estrecharla en sus brazos. Cleopatra se rehúsa. Que primero se entere de las condiciones de su perdón! Ella no cederá a sus ruegos hasta que las haya aceptado.

Antonio se extraña ante esa acogida, tan diferente de la que él se imaginaba. Le reprocha a Cleopatra su frialdad, su insensibilidad. Pero la reina rehúsa dejarse enternecer. O cede a sus exigencias o ella regresa a Alejandría.

Antonio no era un hombre que supiera resistir mucho tiempo. Su amor por Cleopatra nunca había sido tan ardiente. Al cabo de unos días de discusión, los dos amantes terminan por ponerse de acuerdo en los términos de un tratado, cuyo texto nunca se ha encontrado, pero del que se pueden reconstituir las disposiciones esenciales:

1º) Antonio contraerá matrimonio con Cleopatra de manera legal, celebrado de conformidad con la costumbre egipcia.<sup>cliii</sup>

2º) Antonio no asumirá el título de «rey de Egipto», sino el de *Autocrator*, en todas las provincias de Oriente que conquiste. Hasta entonces conservará su título romano de triunviro.<sup>cliv</sup>

3º) A partir de ese momento, Antonio se compromete a considerar a Cesarión como co-regente y heredero legítimo del Imperio, con excepción de ciertos reinos menores que están allí englobados. Éstos recaerán sobre los hijos que él mismo tuvo de la reina, es decir, Alejandro-Helios y Cleopatra-Selena.

4º) Antonio contrae además el compromiso de restablecer el poder egipcio tal como existía catorce siglos antes, en tiempos de los faraones de la XVIII<sup>a</sup> dinastía. Por consiguiente, el tratado coloca directamente bajo el cetro de la reina la península del Sinaí, la provincia romana de Arabia, incluida la ciudad de Petra, la costa oriental del mar Muerto, una parte del valle del Jordán y la ciudad de Jericó, quizá una porción de Samaria y de Galilea, la costa fenicia, con excepción de las ciudades libres de Tiro y de Sidón, Líbano y probablemente la costa septentrional de Siria, una parte de Cilicia, incluida la ciudad de Tarso, la isla de Chipre y una parte de Creta.<sup>clv</sup>

5º) A cambio de este «reconocimiento de soberanía», Cleopatra se compromete a utilizar todos los recursos a disposición de Antonio cada vez que él tenga necesidad de ellos.

Así es, a grandes rasgos, *el pacto de Antioquía*.

«El hecho de que Cleopatra haya obtenido la adhesión de Antonio para un acuerdo tan ventajoso para ella, nos dice Weigall, demuestra no sólo la importancia que en ese momento tenía para el triunviro la amistad de Egipto, sino también la gran amplitud de poderes de persuasión de los que la reina disponía. Mujer ultrajada, abandonada durante varios años por su amante, ella se presenta en Antioquía con una audacia tranquila, exige la confirmación de sus esperanzas dinásticas, así como

toda clase de nuevos privilegios. Y, para su regocijo, Antonio accede a cada uno de sus deseos ....».<sup>clvi</sup>

## VIII

Antioquía, la capital de Siria, es una ciudad soberbia, justificadamente orgullosa de la blancura de sus templos y del verdor de sus laureles. Mil pequeños arroyos, que bajan de las colinas contiguas, serpentean a través de los jardines plantados de mirtos y de sicomoros que mantienen alrededor de la ciudad una deliciosa frescura. Es allí, y más precisamente en el suburbio de Dafne, que Antonio y Cleopatra pasan el invierno de 37.

El triunviro termina allí sus preparativos en relación con su expedición en contra de los partos — siempre proyectada y siempre pospuesta — que Cleopatra le urge que ya no difiera. Un poco harta al principio, su entusiasmo parece renacer al contacto con la animación guerrera que palpita en la ciudad. Los desfiles de tropas, el repique de la trompeta, los zafarranchos de combate, todo el barullo que precede a la partida de los ejércitos la estimulan y la embriagan. Ella se vuelve a encontrar tal como era diez años antes cuando, refugiada en el desierto de Siria, aglutinaba beduinos para invadir Egipto. No obstante, está consciente del carácter arriesgado de la empresa, porque se trata ni más ni menos que de la reconquista de Asia! Floro nos la describe con los rasgos de una abeja, «más audaz, más valiente, más activa que nunca y liberada de toda timidez femenina». Hacía mucho tiempo que no se sentía tan alegre. ¿Podría ser que por todo y contra todo el sueño que acariciaba desde hacía tanto tiempo estuviera en vísperas de materializarse?

En el mes de marzo de 36, Antonio se pone en marcha con una parte de su ejército. Cleopatra lo acompaña hasta Apamea de Siria, una ciudad situada a unos cien kilómetros de Antioquía, sobre el curso medio del Oronte.

Apamea no retiembla sólo por el tumulto de las legiones; rezumba también por los recuerdos históricos. En tiempos de Alejandro el Grande y de Antígono se llamaba Pela y no era más que una simple colonia de veteranos macedonios. Seleuco I la agrandó considerablemente y la rebautizó con el nombre de la princesa persa que desposó en las bodas de Suza. Desde entonces, se convirtió en una potente plaza de armas y en un parque de elefantes.<sup>clvii</sup>

Antonio y Cleopatra de detienen en ella unos días. El triunviro pasa revista a sus tropas una última vez. Finalmente, a principios de abril, llega la hora de partida...

Cleopatra habría deseado ardientemente acompañar a Antonio en su expedición pues, en tanto que princesa griega, su presencia a su lado le habría valido una acogida entusiasta por parte de las minorías helénicas con que habrá de toparse en su ruta. Pero su estado físico no se lo permite. Espera un cuarto hijo y sus médicos le suplican que no se exponga a las fatigas de una guerra. Más vale, por su salud, que regrese a Alejandría.

Para ella, es más que una decepción: es una verdadera aflicción. Pero acata sus consejos, a los que Antonio une sus ruegos más apremiantes. «Que esté tranquila, le dice, la campaña será breve. No puede haber dudas respecto a su final victorioso. Tan pronto aparezcan las legiones romanas en los linderos de la Media, los partos, invadidos por el terror, se replegarán detrás del Oxus. No tardará entonces en regresar a Egipto, para depositar a sus pies todos los trofeos de Asia».

Con los ojos arrasados en lágrimas, Cleopatra se despide de él en la salida de Apamea y ve alejarse, sobre la ribera oriental del río, la retaguardia del ejército que lleva todas sus esperanzas.

Pronto sus miradas no distinguen en el horizonte más que las largas estelas de polvo que levantan las legiones en marcha y que continúan flotando en el aire después inclusive de haber desaparecido.

## IX

Remontando hacia el norte, a través de la rica pradera de Comágene, por encima de la cual se despliega un cielo engalanado con ligeras nubes, Antonio pronto llega al altiplano de Erzerum. Es allí que se ha dado cita con sus dos principales aliados: Artavazd, rey de Armenia, y Polemón, rey del Ponte.

Fortaleza poderosa y sombría, con muros casi negros que dominan de lejos los contrafuertes nevados del monte Ararat, las circunstancias han transformado Erzerum en un inmenso campo parapetado. Todos los contingentes que deben participar en la conquista de Asia se encuentran ya congregados. Antonio dispone de sesenta mil hombres de infantería y de veinticinco mil jinetes romanos, a los que vienen a añadirse unos treinta mil combatientes de diversas nacionalidades, de los cuales trece mil jinetes han sido proporcionados por el rey de Armenia y un cuerpo de mercenarios aportado por el rey del Ponte. Antonio tiene concentrados además impresionantes pertrechos de arietes y catapultas.

El triunviro reparte sus fuerzas en dos grupos, disfrutando uno respecto del otro de una completa autonomía. El primero, bajo las órdenes de Tatiano, lleva la maquinaria de sitio, los contingentes armenios y póntricos, así como dos legiones romanas. El segundo comprende el grueso de la caballería y la infantería romana, de la que Antonio toma el mando. Le ordena a Tatiano que se encamine hacia la Media, a lo largo del valle del Araxes, en tanto que él mismo «impaciente por atacar cuanto antes al enemigo», tomará la ruta que lleva directamente a Atropatena, pasando por la Asiria septentrional.

Del Tigris al Indo, toda Asia se estremece al enterarse de que se aproxima tan formidable ejército masivo. «Esta noticia no asusta sólo a los partos, escribe Plutarco. Llena de temor a los habitantes de la lejana Bactriana y sacude a toda Asia». De forma general, se estima que la campaña será fácil, que el avance del

vencedor de Filipos será un paseo militar a través de Persia y el Areión. «Todo un mundo se pregunta si, emulando a Alejandro, Antonio llevará sus armas hasta las Indias, en donde las naves de Cleopatra, descendiendo por el mar Rojo, llegarán para aportarle armas, subsidios y refuerzos».<sup>clviii</sup>

A mediados de agosto, el triunviro llega a Fraaspa, la capital de la Media-Atropátena, en donde espera la llegada de Tatiano, con su material de sitio y el personal especial encargado de maniobrarlo. Gracias a los medios de los que dispone, estima que dicha plaza fuerte no podrá resistir mucho tiempo. Pero antes inclusive de haber terminado la instalación de sus cohortes, un pelotón de jinetes romanos que acorren a galope le da una noticia trágica: atacado mientras atravesaba las gargantas del Araxes, el ejército de Tatiano fue completamente aniquilado. Todo el material de sitio fue capturado o destruido. El rey del Ponto fue hecho prisionero y Artavazd, el rey de Armenia, huyó a rienda suelta con el resto de sus tropas.

El golpe hace tambalearse a Antonio. Pero, subestimando las consecuencias que la destrucción de su maquinaria de sitio tendrá para la continuación de la campaña, decide proseguir con las operaciones sin modificar nada. Desgraciadamente, como ya no tiene arietes para derribar las murallas, se verá constreñido a reducir Fraaspa por hambre, lo cual exigirá mucho más tiempo. Ahora bien, la prolongación del sitio le permite a los jinetes partos congregarse. Acuden como nubarrones desde todos los rincones del horizonte. No es sin razón que siembran el terror en todas partes, pues tienen ya perfeccionada una táctica mortífera. Consiste en irse a la carga en contra del enemigo haciendo caer sobre él una lluvia de flechas y luego a dar media vuelta, como batiéndose en retirada. Es en ese momento que son más peligrosos, porque al darse la vuelta con agilidad en la grupa de su montura, le disparan al enemigo su última flecha — la famosa «flecha del Parto» — que con mucha más seguridad lo alcanza puesto que no se la espera.<sup>clix</sup>

La llegada del ejército parto, enardecido por la victoria que acaba de llevarse sobre Tatiano, obstaculiza considerablemente los movimientos de Antonio. Constantemente obligados a enfrentar a hordas de jinetes que aparecen y desaparecen en un torbellino de polvo, la infantería romana muy pronto se agota.

Llega octubre. Los víveres se hacen cada vez más raros. Dado el mal estado de sus tropas, Antonio contempla con aprehensión una campaña de invierno. Muy a su pesar, se resuelve a entablar negociaciones con el enemigo. Le dirige a Fraates III, rey de los partos, un mensaje en el cual él se compromete a levantar el sitio de Fraaspa a condición de que le restituyan a los prisioneros y las águilas que le arrebataron a Craso, durante la batalla de Carrhae. Fraates, claro está, rehúsa. No obstante, declara que si Antonio consiente en retirarse no atacará a su ejército durante su retirada. Con la rabia en el corazón, el triunviro se ve constreñido a aceptar ese compromiso.

Pero la promesa de Fraates no es más que una estratagema de guerra. Mientras que los extenuados legionarios retroceden a través de las montañas ya

cubiertas por las primeras nieves del invierno, los guerreros partos se precipitan sobre ellos y los acosan sin piedad. Les tienden emboscadas en cada desfiladero, para así cortarles la retirada a los rezagados. Por el intenso frío, la falta de alimentación y su agotamiento, éstos son muy numerosos. Miles de hombres caen en esos combates de retaguardia; miles de otros perecen de frío e inanición. El pan de cebada se vuelve tan raro que se le vende a peso de plata. Después de devorar sus últimos caballos, los soldados se ven reducidos a alimentarse con hierbas y raíces...

Entonces una calamidad suplementaria se abate sobre el ejército. Después de ingerir una planta que parecía comestible, mueren hombres masivamente, afectados de locura. «Quien había consumido esa hierba, nos dice Plutarco, perdía el entendimiento. No se acordaba de nada y se ocupaba en desplazar grandes piedras de aquí y de allá, con el mismo entusiasmo y la seriedad que si se tratara de una faena de la mayor importancia. Es así que, en todo el campo, no se veía otra cosa que a hombres arrancando del suelo piedras enormes que llevaban de un lugar a otro hasta que, en un acceso de vómito, la muerte les sobrevenía». Podemos imaginar el horror y la desesperación de esos infelices, perdidos en el corazón del invierno en los altos valles de Armenia, muriendo unos con convulsiones inexplicables y otros hundiéndose en crisis de demencia!

De principio a fin de esta terrible retirada, Antonio dio pruebas de una bravura ejemplar. Compartió, día tras día, las privaciones de sus hombres. Durante la noche, en lugar de descansar, iba de tienda en tienda para intentar reconfortarlos. A los enfermos y a los heridos les muestra más que compasión: una ternura casi femenina. Le llega a pasar que se recuesta junto a un legionario que ve sufrir y se deshace en lágrimas. De ahí que los soldados lo adoren. Inclusive los moribundos se animan en su presencia y lo llaman por los nombres más respetuosos y cariñosos. «Lo toman de las manos, nos dice Plutarco, transfigurados, suplicándole que se cuide a sí mismo en lugar de ocuparse de ellos, lo llaman su Emperador y su general; y diciendo que con tal de que él esté bien, ellos se sienten a salvo».

A menudo se oye exclamar a Antonio: «Ay! Los Diez Mil!», queriendo expresar con ello su admiración por Jenofonte, quien había traído a sus soldados vivos de Babilonia a pesar de las trampas y las emboscadas que le había tendido Artajerjes. Le sucedió un día que se encontró en una situación tan crítica que le hizo jurar a uno de sus esclavos que si los partos ganaban y se entregaban a una masacre general, él con su espada lo atravesaría y le cortaría la cabeza, «para que no fuera ni capturado vivo ni reconocido una vez muerto».

Después de veintisiete terribles días, durante los cuales las legiones, ya en lucha con la nieve y el hielo, tienen que librarse en dieciocho ocasiones de la presión de los partos, lo que queda del ejército romano llega a las orillas del Araxes. El cruce del río, en medio de una tormenta de nieve, evocan las escenas más dramáticas del paso del Berezina. La pasarela, colocada con prisas sobre las aguas, se hunde en

varias ocasiones, precipitando en las aguas a racimos de soldados que no dejaban de aullar.

Por fin llegan a Armenia. Pero en qué lamentable estado! Cuando Antonio, extenuado, hace el balance de sus tropas, constata con dolor que perdió cuarenta mil soldados de infantería y veinte mil jinetes. No obstante, no ha llegado todavía al término de sus penas, porque setecientos kilómetros lo separan de Siria. Ocho mil soldados más perecen en esa última etapa.

Cuando por fin aparece la línea azul del Mediterráneo, entre Berit<sup>clx</sup> y Sidón, las últimas unidades del ejército parecen haberse volatilizado. Antonio perdió todo: su prestigio, sus esperanzas y hasta su coraza. No le queda más que emborracharse a muerte, para caer inconsciente y ya no pensar en nada....

## X

Tan pronto se entera de la debacle del ejército, Cleopatra iza sus velas y se dirige a Beirut con una flota cargada de ropas, víveres y dinero. Encuentra al triunviro que yace inconsciente en la arena de una playa, un poco al norte de Sidón (Saida). A sus ojos, aunque ya no sea ni la sombra de sí mismo, Antonio, a pesar de su infortunio, se redimió. La energía y la bravura de la que dio muestras durante toda la retirada borran de su memoria cinco años de ociosidad de «vida inimitable». Ella le perdona sus cambios de humor, sus caprichos, sus traiciones. No puede impedirle sentir por él una inmensa conmiseración, porque si fue vencido ¿no es acaso su culpa? ¿No fue ella quien lo lanzó a esa guerra desmedida con el pretexto de recuperar el impero de Alejandro? Desafortunada Cleopatra! ¿Es acaso su destino quebrar a todos aquellos a quienes ama, inspirándoles tareas que exceden a sus fuerzas?

Ella se inclina sobre ese gran cuerpo y se esfuerza por reanimarlo. Con una voz acariciante, entrecortada por sollozos, le asegura que nunca su ternura ha sido más grande, que el dulce clima de Egipto le devolverá la salud, que bellos días les esperan todavía en Alejandría. Claro que la expedición contra los partos devoró toda una fortuna, pero ¿qué es en comparación con los tesoros que le quedan? Que Antonio regrese a la vida, que recupere la confianza en sí mismo. Ella lo equipará de nuevo con innumerables legiones....

Todavía semi-inconsciente, Antonio está demasiado debilitado para captar lo que le dice. Pero los trozos de frases que pronuncia en su delirio le hacen comprender a la reina que su derrota lo asfixia, que está aplastado por la vergüenza, que sólo una cosa lo obsesiona: desquitarse de Fraates III, quien faltó a su palabra, y del rey de Armenia, Artavazd, quien lo abandonó en plena batalla...

— Legiones .... legiones ... gime. Vencer a los partos .... Marchar al Oriente....

Cleopatra evita contrariarlo en el estado en que se encuentra. Sin embargo, su angustia no la ciega. Ella comprende que la situación la obliga a abandonar una

parte para no perderlo todo. Desde la derrota de Craso, todas las empresas romanas contra el antiguo imperio de los persas parecen destinadas al fracaso. La epopeya de Alejandro no se renovará. El mundo se pobló y se endureció demasiado desde entonces. De ahora en adelante, el peligro ya no viene de Oriente sino de Occidente, en donde el poder de Octavio no ha dejado de crecer. Antonio ha dado magníficamente pruebas de soldado. Que le demuestre ahora sus cualidades de hombre de estado, aglutinando sus fuerzas para dirigir las en contra de Italia, pues Octavio es el único que realmente la amenaza.

Desde hace algún tiempo, en efecto, todo parece concurrir para acrecentar su poderío. No sólo las circunstancias lo favorecen, sino que sabe sacar provecho de ellas con una inesperada habilidad. ¿Lo combate en el mar Sexto, el segundo hijo de Pompeyo? Aplasta su flota y lo obliga a refugiarse en Mitilene con los pocos barcos que le quedan: helo aquí amo del Mediterráneo. A pesar de su insignificancia ¿Lépido le hace sombra? Roe sus poderes y lo persuade de abandonar la escena transfiriéndole la administración de sus provincias: helo aquí dueño de África proconsular, de Mauritania y de Tingitania. Si unos meses antes detentaba una autoridad cuestionada, ahora todo el Occidente depende de él.

Aunque no llega a explicarse la razón de su éxito, no por ello está Cleopatra menos sorprendida por ese veloz ascenso. Al adoptar a Octavio ¿no discernió César en él cualidades ocultas que pasaron desapercibidas por los otros? Antonio, quien lo vio en acción en la batalla de Filipos, le ha hablado de él siempre en términos despectivos. Se lo ha descrito como un joven desprovisto de interés, friolento e indeciso, cuya cara barrosa emerge de un montón de trapos de lana de limpieza dudosa. Si se le creyera, no es más que un niño, crecido demasiado rápidamente y que no ha sabido quitarse los pañales. Pero Antonio debe estar equivocado. Octavio debe ser algo muy diferente. O, más exactamente, la imagen que ella se forma de él es muy diferente: ella lo ve como un nuevo astro que sube al firmamento de Roma. Es cierto que su cara está todavía enturbiada por las nieblas que la rodean. Pero no va a tardar en emerger para aparecer a plena luz. Ya su sombra se perfila sobre Egipto. ¿Hasta dónde llegará si no se le detiene?

Cleopatra está segura de no equivocarse. Apenas Antonio se siente un poco mejor, ella se esfuerza por hacerle tomar conciencia del peligro. Le habla de Octavio sin cesar, con la esperanza de lograr que revise su opinión de él. Pero en vano. Antonio está demasiado cansado para escuchar sus reproches. Demasiado acaparado también por su deseo de revancha para prestar a sus advertencias toda la atención que merecen.

Y he aquí que, en la primavera de 35, sobreviene un inesperado acontecimiento que va a anclar a Antonio en sus proyectos de revancha. Polemón, rey del Ponto, que había sido hecho prisionero cuando tuvo lugar la derrota de Tatiano, en el valle alto del Araxes, llega inopinadamente a Beirut. Es enviado allí por el rey de los medas para hacerle saber a Antonio que los medas rompieron su

tradicional alianza con los partos y que están a punto de entrar en guerra con ellos. El soberano de Media le suplica al triunviro que tome partido por él, mediando lo cual él colocará todas sus fuerzas a su lado. Pero pone una condición: que Antonio actúe rápido y emprenda inmediatamente una nueva campaña contra los partos.

Al recibir esta noticia, el corazón de Antonio brinca de alegría. «Sintió, nos dice Plutarco, más gusto en recibir esta propuesta que el del Ponto en hacerla».

— Es una oportunidad inesperada que hay que atrapar al vuelo! exclama. No se volverá a presentar una ocasión semejante!

No, no! gime Cleopatra, es una peligrosa trampa que a cualquier precio hay que evitar! Sería una locura hundirse en Asia en el momento en que tantas nubes se acumulan del lado de Italia!

Pero Antonio no la escucha. Sordo a sus amonestaciones, corre a Antioquía en donde durante el invierno sus lugartenientes ya reconstituyeron un nuevo ejército. Cleopatra lo sigue, con la esperanza de retenerlo. Tiembla ante la idea de volver a vivir días parecidos a los que conoció después de su partida de Apamea.

En ese preciso momento, como para enturbiar todo un poco más, un mensajero llamado Níger llega a Antioquia. Le anuncia a Antonio que su esposa Octavia se puso en camino para unirse a él. Ésta está en Atenas, a donde le ruega insistentemente que vaya a encontrarse con ella. Lleva con ella dos mil legionarios y quisiera que su marido le dijera qué debe hacer con ellos.

El viaje de Octavia es una maquinación de Octavio. Los dos mil legionarios que acompañan a Octavia son la escolta normal de la esposa de un triunviro. Si Antonio se los deja, es que la sigue considerando como su esposa legítima; si se los quita, es que la repudia. En el primer caso, tendrá un conflicto con Cleopatra; en el segundo, al infligirle públicamente un desaire a su hermana, le proporcionará a Octavio un pretexto perfecto para abrir las hostilidades.

Pero Antonio no parece percibir la trampa. Entregado por completo a sus preparativos de campaña con los partos, envía a Níger de regreso Atenas sin siquiera escucharlo y le manda decir a Octavia que tiene muchas cosas que hacer como para ocuparse de ella.

De un día para otro, Cleopatra se encuentra en una situación inextricable. Es cierto que ella no desea que Antonio regrese a hacer la guerra. Pero tampoco quiere que vaya a reunirse con Octavia. Sin embargo, la increíble ligereza con la que acaba de provocar a Octavio le parece el colmo de la torpeza. ¿Qué hacer?

Por mucho que se rompa la cabeza, su inteligencia no le proporciona ninguna respuesta a esa pregunta. Pero su intuición femenina le dicta su conducta. «Mantén a Antonio junto a ti, le dice una voz interior, no lo dejes que se aleje a ningún precio. Nadie sabe lo que hará si escapa a tu influencia. Y para conservarlo, redobla la seducción».

Para retenerlo junto a ella, Cleopatra recurrirá a todos los artificios imaginables. ¿Es criticable por ello? No. Porque hay que reconocer que en ese



momento juega una partida desesperada. «Ella finge morir de amor por Antonio, nos dice Plutarco, esforzándose por adelgazar su cuerpo imponiéndole la más ligera de las dietas. Cuando entra en su recámara, fija en él una mirada de adoración y, cuando sale de ella, parece languidecer y casi desmayarse. Hace todo lo que puede para que la vea en lágrimas. Pero tan pronto él se percata de ello, las seca furtivamente dándose la vuelta, como si quisiera que él las ignorara».

Al mismo tiempo, emisarios de Cleopatra trabajan para reforzar el efecto de esa maniobra atizando los remordimientos de Antonio. Le reprochan la insensibilidad y la dureza de corazón de las que da muestras en relación con una mujer cuya alma no depende más que de él. ¿Acaso no ve que ella se marchita? Está claro que Octavia es su esposa legítima; pero Cleopatra, soberana de numerosas naciones, se ha contentado con el apelativo de concubina, lo que es terriblemente humillante para ella; pero si ella pierde Antonio, no sobrevivirá.<sup>clxi</sup>

¿Se ven coronados de éxito los artificios de la reina? Parece que sí, puesto que Antonio regresa con ella a Alejandría, en donde pasa todo el invierno 35-34. Pero si Octavia lo exaspera, Cleopatra lo importuna por la manera demasiado visible como lo tiene amarrado. ¿Lo toma por un niño? ¿Cree acaso que es tan ciego que no se da cuenta de cuán artificial es su comportamiento? Por fina que sea, Cleopatra se sobrepasa y, como casi siempre acontece en esta clase de situaciones, termina con el resultado inverso al que había esperado. Antonio ya no tiene más que una idea: recuperar su libertad.

De ahí que, cuando se entera de que Artavazd, el rey de Armenia, conspira en su contra, ya no se retiene. Sin despedirse de la reina, parte de nuevo hacia Siria y se dirige a toda velocidad al reino de Armenia.

La campaña es fulgurante. En menos de tres semanas Artavazd es derrotado y hecho prisionero. Para castigarlo por su duplicidad, Antonio se apodera de su tesoro, saquea su territorio, reduce Armenia a provincia romana y regresa a Siria cargado con un enorme botín.

Una vez en Antioquía, inicia de inmediato conversaciones con el rey de Media. Esas negociaciones culminan en la boda de la princesa meda Iotapa con su hijo, el pequeño Alejandro-Helios. En ausencia de un heredero macho, parece que el rey de los medas habría designado a la pareja infantil como sucesora al trono y, para dar testimonio de su buena voluntad, restituye al triunviro todas las insignias romanas arrebatadas a Tatiano.

Después de ello, «muy satisfecho del empleo que había hecho de su verano», Antonio regresa a Alejandría en un tumulto de victoria (otoño de 34).

## XI

El éxito libera a Antonio de la vergüenza que lo agobiaba desde su derrota ante Fraaspa. Dejó de ser un vencido de quien se tiene lástima para volver a ser un vencedor a quien se aclama. Con ello, vuelve a encontrar su carácter cálido y expansivo y es con un alma despejada que se apresta a celebrar su triunfo.

La comitiva, que atraviesa toda la ciudad de Alejandría, se inicia con un cuerpo de legionarios romanos que llevan enormes escudos con la letra *C*, que es a la vez el monograma de Cleopatra y el de Cesarión. Viene después el carro del *Imperator*, jalado por cuatro caballos blancos, ante el cual camina el rey Artavazd, cargado de cadenas. Está rodeado por sus familiares, su mujer y sus hijos. Los sigue una larga fila de prisioneros armenios. Se ve después un número de carretas en las que están amontonados todos sus despojos. Luego vienen numerosas diputaciones, portando cada una de ellas una corona o una guirnalda de oro, conferida a Antonio por las ciudades vasallas. Legionarios romanos, tropas egipcias y diferentes contingentes orientales cierran el desfile.

Partiendo del palacio de Loquias bajo un sol radiante, la comitiva sigue por los muelles hasta el templo de Neptuno, atraviesa el forum, pasa cerca de los jardines de Regia y accede a la avenida de Canope, en donde la impresionante masa del *Paneum* dirige al cielo sus graderías, cubiertas de racimos humanos. Dirigiéndose posteriormente hacia el oeste, el desfile marcha a lo largo del mausoleo que otrora contuvo el sarcófago de Alejandro. Bajo los pórticos y ante las ventanas del *Museión*, maestros y discípulos se apretujan, rodeados de sus familias. A unas cuantas centenas de metros del lugar, la comitiva se encamina por una avenida en cuyo extremo se descubre la monumental fachada del *Serapeum*. Allí se encuentran congregados, alrededor de Cleopatra, todos los grandes dignatarios de la corte y los altos funcionarios de la ciudad.

Una vez que llega, Antonio baja de su carro y sube a pie hacia el santuario, entre las aclamaciones de la muchedumbre y el ensordecedor zumbido de cientos de címbalos de bronce que le dan la impresión de estar en el corazón mismo del trueno. Le ofrece allí a Serapis el sacrificio que le habría dedicado a Júpiter Capitolino, si el triunfo se hubiera festejado en Roma. Una vez cumplido el rito, el *Imperator* se regresa y se dirige hacia una estrada erigida frente al templo. Allí Cleopatra, vestida con todos los atributos de Isis, lo recibe, sentada en un trono de oro. Antonio lleva a sus pies a los príncipes cautivos de Armenia, a quienes el populacho cubre con abucheos.<sup>clxii</sup> Un bedel le ordena a Artavazd que se arrodille ante la reina y le rinda el homenaje que se le rinde a una diosa. El rey de Armenia se rehúsa. «Aunque mal tratado y jaloneado por sus guardias, sigue de pie, saludando a Cleopatra únicamente con el nombre de mortal». Como la costumbre romana exige que los castigos reales sean ejecutados durante la noche que sigue al triunfo de su vencedor y como Artavazd acaba de insultar públicamente a la soberana, hay no una sino dos razones

para pensar que no le queda mucho tiempo de vida. Pero Antonio y Cleopatra, conmovidos por su orgullo y la nobleza de su actitud, deciden indultarlo, lo mismo que a los suyos. «Se les trató con todos los miramientos debidos a su rango, nos asegura Veleio Petérculo, y permanecieron como prisioneros de estado en la capital egipcia».

Después del triunfo, un banquete es ofrecido a todos los habitantes de Alejandría. Pero las festividades no paran allí: la ceremonia más importante está todavía por venir.

Ésta tiene lugar al caer la noche en el terreno del hipódromo, en donde seis tronos de oro — dos grandes y cuatro más pequeños — han sido colocados en la cúspide de una estrada de plata. En presencia de la corte, de dignatarios y del pueblo congregado, Antonio y Cleopatra ocupan los asientos más elevados en tanto que los cuatro hijos de la reina — Cesarión, Alejandro-Helios, Cleopatra-Selena y Ptolomeo XVI, que su madre trajo al mundo a su regreso de Apamea — ocupan los asientos más bajos.

Después de escuchar varios discursos de elogio, Antonio se levanta para arengar a la asistencia. Sabemos que era un orador incomparable. Pero ese día debió haberse superado a sí mismo, embriagado tanto por las ovaciones de la muchedumbre como por el sol que se ponía y cuyos rayos abrazaban los pórticos y las gradas del estadio.

Comienza por describir las victorias que logró en Grecia, en Asia Menor y en Armenia, después de lo cual, refiriéndose a ellas, se dispone a conferirle a la reina y a su progenitura «hombres un tanto sorprendentes».<sup>clxiii</sup> Proclama a Cleopatra soberana de Egipto y de los territorios que él le ha concedido por el Pacto de Antioquía. Nombra a Cesarión corregente con su madre y le da el formidable título de «Rey de Reyes». A su propio hijo, Alejandro-Helios, de seis años de edad, hace entrega del reino de Armenia, del de Media — que será para él después de la muerte del soberano reinante, en virtud de su matrimonio con su hija Iotapa — y, por último, del de Partia, cuya corona se ceñirá cuando haya conquistado el país.<sup>clxiv</sup> Sobre Cleopatra-Selena, la hermana gemela de Alejandro-Helios, hace recaer Cirenaica, Libia y una parte de la costa de África del Norte, igual en superficie al dominio recibido por su hermano. Por último, el pequeño Ptolomeo XVI, con apenas dos años de edad, es proclamado rey de Fenicia, de Cilicia y de Siria septentrional, en la que están incluidas Cyrréstica y Comagenia.

Alejandro-Helios está vestido para las circunstancias de acuerdo con la costumbre de los medas: tiara alta con cubre-nucas, túnica de mangas largas, capa flotante puesta sobre un hombro y cayendo en pliegues graciosos sobre la espalda. En cuanto al pequeño Ptolomeo, se le ha vestido al estilo macedonio: capa nacional, botas y ese curioso gorro cónico, rodeado con una diadema, adoptado por los sucesores de Alejandro el Grande.

Una vez vestidos con sus respectivos patrimonios, los niños reales rinden homenaje a sus padres. Después de ello, reciben una guardia personal, compuesta por hombres que pertenecen a las naciones sobre las cuales reinarán cuando sean grandes. Acto seguido, la comitiva se pone en camino y regresa al palacio real, al momento en que el sol se pone detrás de la rada de Eunosto, bañando toda la ciudad con un resplandor de apoteosis.

Esa misma noche, se acuñan monedas de oro para conmemorar el acontecimiento. Éstas llevan la inscripción *Cleopatra Reginae Regum Filiorum Regum*, «de Cleopatra Reina a reyes, hijos de Reyes».

Al día siguiente, Antonio le dirige al senado romano un reporte detallado sobre la guerra de Armenia y un informe sobre las «consagraciones» que acaba de efectuar. Le encarga a sus agentes obtener de la asamblea la ratificación rápida de todas las decisiones que acaba de tomar.

## XII

No había ninguna necesidad de que Antonio avisara en Roma sobre sus decisiones: éstas ya habían suscitado allí una inmensa ola de reprobación.

Al celebrar su triunfo en Alejandría, Antonio mortificó la susceptibilidad de sus compatriotas. Todavía ningún general romano había osado jamás proceder así. ¿Pretende él dar a entender con ello que Alejandría se convirtió en la capital del Imperio? Una intención así ya se le había atribuido a César y no en poco había contribuido a precipitar su caída.

Pero ¿en qué piensa el triunviro al instaurar soberanos de su elección, en provincias que caen bajo la jurisdicción senatorial y que legalmente deberían ser administradas por procónsules? ¿Qué significa el otorgamiento a Cleopatra de los territorios enumerados en el Pacto de Antioquía? ¿Realmente cree Antonio que el senado va a ratificar esas escandalosas atribuciones?

Un pasaje de Floro, de una agresividad notoria, nos da más o menos el tono de la opinión pública. «Cleopatra, escribe, como premio de su amor, le pidió al general romano el Imperio romano, Antonio se lo prometió, como si los romanos fueran más fáciles de conquistar que los partos .... Olvidadizo de su patria, de su nombre, de su toga, de las insignias de su puesto, había completamente degenerado en sus pensamientos, sus sentimientos y su vestimenta, al punto de convertirse en el monstruo que conocemos. En su mano sostenía un cetro de oro; a su lado, una cimitarra. Su cabeza estaba ceñida con una diadema real, para que fuera rey y el igual de la reina que amaba».

La suntuosidad del palacio en el que vivía tampoco estaba aderezada para calmar la opinión pública. Fingiendo admiración, Lucano nos da de ella una descripción irritada, destinada a hacer aparecer a Antonio como un sátrapa oriental.

«Los techos, escribe, están esculpidos y adornados con marquetería; sus vigas están disimuladas bajo un caparazón de hojas de oro. Los muros y las columnas, del más bello mármol, encuadran entrepaños de ágata y de pórfiro. Algunas salas tienen losas de ónice y de alabastro. Allí se prodiga el marfil y se utiliza el ébano como material común. Carey de las Indias adornan las puertas clavadas con esmeraldas. Los lechos y los asientos están incrustados de gemas. El jaspe y la cornalina realzan la mayor parte de los muebles y por todas partes se ven mesas de marfil esculpido. Las telas y los tapices tienen los colores brillantes que sólo los tintes sirios pueden dar. Algunos están bordados; otros tienen el brillo incomparable que les da la cochinilla. Esclavos escogidos por su belleza, algunos etíopes, de piel negra y cabellera oscura y china, otros galos o germanos, de carnes brillantes y cabellos color de lino, se movilizan en las vastas salas del edificio».

Cleopatra no recibe un mejor trato que su esposo: «Ella respira pesadamente bajo el peso de sus adornos y sus blancos senos se dejan ver bajo un tejido sidoniano, elaborado a punto seguido por el peine del tejedor chino y que posteriormente la aguja del trabajador del Nilo separó, soltando la cadena para estirar el tejido».

Al día siguiente de la apoteosis de Alejandría, la propaganda romana se hace más violenta. Libelos y panfletos circulan de mano en mano, versando sobre el triunviro y la egipcia un torrente de injurias. En ellos se pinta a Antonio «como un toro degenerado, un odre inflado de vino» y Cleopatra como «una prostituta infame, entregada a todos los vicios».

Tampoco Cesarión escapa. Se pone en duda la legitimidad de su nacimiento, se insinúa que nunca fue el hijo de César, se afirma que fue engendrado por no se sabe qué soldado borracho y que las pretensiones de la reina en relación con él están totalmente infundadas. Las lenguas son tan efectivas que inclusive las mentes más sólidas se ven sacudidas....

Un hombre observa esta evolución con una satisfacción evidente: es Octavio. Se necesita realmente que Antonio haya perdido la cabeza para darle tales armas! Al desdeñar a Octavia, concluyendo el Pacto de Antioquía, al nombrar a Cesarión corregente del Imperio y al celebrar su triunfo en una ciudad extranjera, el antiguo lugarteniente de César rebasó todos los límites! Le proporcionó a Octavio todos los argumentos que éste necesitaba para permitirle presentarse como defensor del honor nacional.

De ahí en adelante el choque entre los dos hombres se vuelve inevitable. El senado presiona a Octavio para que acabe con el triunviro y que «lo quite del mundo en nombre de la salubridad pública». Es entonces que, quitándose la máscara, el hijo adoptivo de César avanza al frente del escenario, en el papel del justiciero.

Aunque su cara no permita entrever ninguno de sus sentimientos íntimos, en el fondo de sí mismo saborea la proximidad de su venganza. El momento que desde

hacía tanto tiempo esperaba no tardará en llegar. Por fin va a poder mostrar de lo que es capaz, llevando el hierro a ese nido de pestilencia que se llama Alejandría.

### XIII

Como dos gladiadores que entran en la arena, Antonio y Octavio se examinan a distancia y miden sus fuerzas, de un lado y del otro del Mediterráneo.

A decir verdad, el vencedor de Filipos no parece tener la más mínima prisa de llegar a las manos. Pasa todavía el invierno 34-33 en una ociosidad inexplicable.

Su despreocupación termina por alarmar a Cleopatra. ¿Acaso no mide la gravedad de la situación? Mientras más crece el peligro más se abandona a los placeres. Coronado con pámpano, pasa todas sus noches bebiendo con sus compañeros de depravación. ¿Cómo no ve él todos los argumentos que su mala conducta le proporciona a la propaganda romana? Es en vano que la reina le repite que ya no hay tiempo de jugar a Dionisos, que hay que correr a las armas. En lugar de movilizar sus legiones, Antonio temporiza. Cuando su rival lo provoca, no acepta los desafíos y cuando se presenta la ocasión de obtener una ventaja, no se molesta en atraparla.

Por primera vez en su vida, Cleopatra empieza a tener miedo. ¿No se habrá equivocado totalmente respecto a Antonio? Si no tuviera la talla para resistir a Octavio ¿qué pasaría entonces?

Puesto que él no parece estar consciente de la formidable justa que se prepara, se dice a sí misma que es ella quien debe tomar la dirección de los asuntos porque, si no lo hace a tiempo, todos estarán perdidos.

Los poderes del triunvirato expiran a finales de año. Es casi cierto que Octavio no dejará que se les renueven sin hacer hasta lo imposible para impedir que el Senado reelija a Antonio. Pero en lugar de parar el golpe con anticipación, Antonio cree salir del atolladero con accesos de cólera. Acusa a Octavio de «actuar deshonestamente no compartiendo con él los despojos de Sexto Pompeyo y no regresándole los barcos que le prestó para permitirle ganar la guerra naval». Lo acusa «de haberse apropiado él solo de las provincias africanas cedidas por Lépido y de haber distribuido a sus legionarios todas las tierras libres de Italia, frustrando así a los soldados antoninos de la parte que se les debe».

Octavio le responde en un tono sarcástico que «sus fanfarronadas no lo impresionan en absoluto y que él le cederá su parte de las provincias africanas el día en que el triunviro le entregue la mitad de Egipto y de Armenia. En cuanto a las tierras italianas, sus legionarios no deben codiciarlas, puesto que muy pronto habrán de compartir Media y Partia ...»

La alusión al reparto de Egipto conmociona vivamente a la reina. La confirma en su idea de que Octavio considera su reino como una provincia romana y que

dispondrá de él como le venga en gana si algún día resulta vencedor. A decir verdad, ella siempre le adscribió pensamientos ocultos de ese género. Pero que ahora se atreva a formularlos en público indica hasta qué punto está seguro de salir victorioso. Afortunadamente, Antonio responde a Octavio notificándole oficialmente su matrimonio con Cleopatra. Después de todo, eso es un pequeño consuelo ....

Pero no es con palabras como se ganan las guerras. Sobre todo que después de ese intercambio de invectivas, Antonio, muy satisfecho de sí mismo, vuelve a la borrachera. Sintiendo que no lo volverá en sí mismo más que arrancándolo de la debilitante atmósfera de Alejandría, ella decide transferir su cuartel general a Efeso. A finales del invierno de 33, ella se desplaza con Antonio a la cabeza de un fuerte contingente armado.

Cuánta razón tuvo en cambiar de residencia! En el clima más vivo y más salubre de Efeso, Antonio poco a poco reencuentra su equilibrio y se consagra con una energía creciente al rearme de sus tropas. Pronto Efeso se convierte en el centro militar y naval más grande de Oriente. Cleopatra ha extraído sumas enormes de su tesoro para financiar los preparativos de guerra. Suministra además cantidades considerables de cereales, vino, ropa, armas y municiones. Provenientes de Siria, Armenia y del Puente llegan al puerto todos los días naves de abastecimiento. Por su parte, Antonio parece haberse formado una noción más exacta de las cosas. Moviliza su flota. Ésta viene a concentrarse en la desembocadura del Caistro, en donde se encuentran ya reunidas las más o menos doscientas galeras de la escuadra egipcia.

El triunviro convoca en Efeso a una muchedumbre de soberanos orientales que son sus aliados. Llegan sucesivamente a la cita, a la cabeza de sus respectivos contingentes, Boco, rey de Mauritania, Tarcondimoto, soberano de la alta Cilicia, Filadelfo, rey de Paflagonia, Mitrídates, rey de Comagene, Sadal y Rhoemetalces, rey de Tracia, Amintas, rey de Galacia y Malikos, un reyezuelo de Arabia. Muchos otros soberanos vienen a ponerse a su disposición con sus cuerpos de mercenarios. Contrariamente a lo que pasó durante la expedición contra los partos, en donde parecía una cuestión de honor el que cada quien se manejara de manera independiente, todo el Oriente se apresta a unirse a Antonio para hacer frente a la amenaza que representa Octavio.

«Los ejércitos que llegan a la ciudad comprenden soldados que pertenecen a la mayoría de las naciones del globo. Hay allí diecinueve legiones romanas (compuestas en gran medida por galos y germanos), pero también contingentes de guerreros moros, egipcios, sudaneses, árabes y beduinos; medas feroces, intrépidos armenios, combatientes bárbaros venidos de las costas del mar Negro, griegos, llegados de las Cícladas y de Sicilia, libios de Cirenaica y sirios. En las calles hormiguean hombres llevando los trajes más pintorescos y los más diversos equipos. Se oye hablar la mayoría de los idiomas de la tierra. Sin duda alguna, nunca en la historia del mundo se ha visto tal congregación de naciones y el corazón de

Cleopatra estalla de orgullo ante la idea de que es ella quien está en el origen de una concentración tan vasta». <sup>clxv</sup>

En eso (primavera de 32), cuatrocientos senadores romanos llegan a Efeso y se presentan en el cuartel general del triunviro. Vienen a informarse del sentido de esos preparativos. Para su gran sorpresa, descubren en el lugar algo de lo que no se habían percatado de lejos: Antonio ya no ejerce ningún mando. No es más que un simple juguete en manos de la reina. Es ella quien inspira, quien dirige, quien organiza todo. ¿Cómo pudo un general romano caer tan bajo?

Profundamente perturbados, unos afirman que hay que declararle de inmediato la guerra. Otros, asustados por los estragos que no dejará de acarrear la apertura de las hostilidades, se inclinan por una solución más moderada. ¿No valdría más reconciliar a Antonio con Octavio antes de que se cumpla lo irreparable? Un compromiso entre los dos cuñados sería todavía factible. A condición, claro está, de que Antonio se separe de Cleopatra y la regrese a Egipto.

Tan pronto es informada de ello, la reina entra en una gran agitación. Tiembla ante la idea de que Antonio pueda ceder a las presiones de los senadores. Para conjurar ese peligro, pasa directamente al ataque: en lugar de regresar a Alejandría como se lo aconsejan algunos, decide transferir su cuartel general a Atenas, para estar más cerca de Italia. Ya en Atenas, persuade a Antonio de repudiar a Octavia. Pasando por encima de la indignación de los Padres de la Patria, el triunviro envía un mensajero a Roma para transmitirle a su esposa la orden de que abandone el domicilio conyugal cuanto antes. La notificación — sin duda dictada por la misma Cleopatra — está redactada en términos tan injuriosos que de ahí en adelante toda reconciliación entre los dos cuñados se vuelve imposible. Al mismo tiempo, Antonio prescribe a la totalidad de las tropas concentradas en Efeso que hagan movimientos hacia Grecia.

La forma brutal como Antonio dio a entender que estaba terminada su relación con la dulce Octavia escandaliza a los romanos. Nada podía darles una idea más clara de a qué grado estaba el triunviro dominado por Cleopatra. Asustados por el giro que toman los acontecimientos, ciertos amigos que Antonio todavía conserva en Roma le envían a un tal Germinio para advertirle que no pasará mucho para que sea proclamado «enemigo del estado». Pero a su llegada a Atenas, Antonio y Cleopatra toman a Germinio por espía a sueldo de Octavia y lo tratan en consecuencia. No lo invitan a su mesa más que para darle el peor lugar y no le dirigen la palabra más que para cubrirlo de sarcasmos. Pacientemente, durante algún tiempo Germinio soporta ese trato. Empero, una noche en que se encuentra ligeramente excedido de bebidas — como Antonio, dicho sea de paso — no se contiene más y cuando el triunviro le pregunta a boca de jarro:

— Confiesa lo que viniste a hacer aquí!

Germinio se levanta de un salto y le responde con una voz ahogada en cólera:



— Reservo mi respuesta para un momento en el que estaremos menos ebrios, el uno y el otro. Pero lo que ebrio o no te diré de inmediato es que si la reina consintiera en regresar a Egipto, ello sería mucho mejor para ti y para tu causa!

Furioso, Antonio amenaza hacerlo detener. Pero Cleopatra se lo impide. Sin abandonar su calma, ella se limita a observar con una voz burlona:

— Tuvo razón, Germinio, en revelarnos su secreto, sin que hayamos tenido necesidad de torturarlo....

Esa misma noche, Germinio huye precipitadamente de Atenas. Ya en Roma, le cuenta la escandalosa escena a sus amigos. Su relato, divulgado por toda la ciudad, es corroborado por el de Marco Silano. Este antiguo oficial de César había dejado el partido de Antonio, asqueado por el despotismo de la reina y el servilismo del triunviro.

Esta vez, Octavio decide no esperar más. Invita a todos los senadores que se encuentran en Grecia a regresar a Italia con urgencia. Ocho días más tarde, declara la guerra. Muy hábilmente, la declaración no está dirigida contra Antonio, sino contra Cleopatra. El decreto oficial precisa que «Antonio es destituido de todos sus cargos y funciones, en vista de que dejó que una mujer los ejerciera en su lugar».

— Es evidente, añade Octavio, que el triunviro ha absorbido ciertas bebidas que le han hecho perder la razón. Es por ello que los generales romanos no tendrán que combatirlo a él, sino a Mardión y a Poteinos, eunucos de la corte de Egipto, a Iras, la joven encargada de los cuidados de la cabellera de Cleopatra, y a Carmión, su perfumista, pues son esas las personas que le sirven de consejeros de estado.

Al proceder a los sacrificios que preludian las hostilidades, Octavio adopta el ritual tradicionalmente reservado a las campañas dirigidas contra un enemigo *del exterior*. De pie frente al templo de Belona y vestido con los ornamentos sacerdotales, lanza la jabalina sagrada en dirección del este, queriendo con ello dar a entender que la guerra que se apresta a hacer será contra un extranjero.

Al anuncio de esta noticia, Antonio y Cleopatra abandonan Atenas y se dirigen con todo su ejército a Patras. Esa ciudad se encuentra a la entrada del golfo de Corinto, a unas doscientas millas de la costa italiana. La flota es expedida más al norte, hacia el golfo de Ambracia, en tanto que puestos avanzados son instalados en Corcira, a setenta millas de Italia.

Mientras que las fuerzas antoninas suben hacia el norte, Octavio con sus legiones desciende hacia el sur de Italia y las dispone, frente a Grecia, en la región de Bríndisi y de Tarento.

Así, paso a paso, los dos adversarios se aproximan. Un poco antes estaban separados por toda la amplitud del Mediterráneo. Ahora se fulminan con la mirada a través del mar de Ión.

## XIV

Por extraño que pueda parecer, no parece que Antonio haya quedado muy impresionado por la declaración de guerra de Octavio. Para él no es más que un gesto que no toma en serio. Ello se debe a que razona, en relación con su ex-cuñado, como Pompeyo razonaba en relación con César.

Antonio reúne en Grecia a unos cien mil soldados de infantería y quince mil jinetes, en tanto que Octavio no dispone más que de ochenta mil hombres de infantería y doce mil jinetes. Aunque su superioridad numérica es leve, le parece a tal punto suficiente para vencer a su adversario que deja cuatro de sus legiones en Cirenaica, otras cuatro en Egipto y tres en Siria, además de un rosario de pequeñas guarniciones establecidas a lo largo de la costa oriental del Mediterráneo. Decide que sea Octavio quien ataque primero, convencido de que sus potentes galeras egipcias bastarán para dispersar a su ejército antes inclusive de que haya podido poner pie en las costas de Grecia.

Además, no pretende acabar con su rival mediante una batalla ordenada, pues él dispone de un arma más lenta y más eficaz: el bloqueo marítimo. Antonio detenta el dominio del mar. Controla el gigantesco granero de trigo que es el Oriente. Tan sólo Egipto puede suministrar suficientes cereales como para alimentar a su ejército de una manera permanente y bastante dinero como para pagar el sueldo de sus tropas durante años. El inicio de las hostilidades no tendrá, por consiguiente, más que una influencia mínima en los precios de las mercancías en Grecia y Asia Menor.

En tanto que Octavio se encuentra en la situación inversa. Del hecho de que la iniciación de la guerra paralizará el tráfico de navíos en dirección de Occidente, tendrá repercusiones casi inmediatas en el costo de la vida en Italia. El precio de los víveres subirá y el país muy pronto será presa de la escasez. Octavio no tiene dinero y no sabe de dónde procurárselo. Su apuro es tal que no es imposible que sus legiones se amotinen antes inclusive de haber dejado el suelo de Apulia. Antonio, por lo tanto, no está equivocado en pensar que está en su interés dejar que las cosas se prolonguen indefinidamente.

Octavio no ignora que el tiempo trabaja en su contra. Es por ello que quisiera terminar cuanto antes. Si tan sólo Antonio desembarcara en Italia, ¡cómo le convendría una cosa así! Por ello multiplica las provocaciones con la esperanza de atraerlo a ella. Apostando a su vanidad, le propone venir «a combatir con el rostro al descubierto, si no es un cobarde», añadiendo que no hará nada para oponerse a su desembarque y que libraré la batalla con él cuando haya tenido el tiempo de reagrupar sus fuerzas.

Pero Antonio no tiene ganas de hundirse en Italia. Para probarle a Octavio que no es un cobarde, le hace responder que «aunque tenga una cierta edad, está listo a afrontarlo en un combate singular, en donde quiera, fuera de la península». Octavio se recusa. Antonio lo invita entonces a conducir sus ejércitos a la pradera de

Farsalia. Que los dos adversarios vacíen sus querellas en los mismos lugares en donde César y Pompeyo se enfrentaron! Nuevo rechazo de Octavio, quien no tiene el menor deseo de hundirse en Macedonia, en donde quedará cortado de sus bases y privado de todo abastecimiento.

Hartos de lanzarse desafíos, los dos jefes de ejército se resignan a ocupar sus cuarteles de invierno, uno en Patras, el otro en Taranto.

Pero resulta que, durante la mala estación, una epidemia de malaria se abate sobre los equipajes de la flota que Antonio tiene concentrada en el golfo de Ambracia. La enfermedad se lleva un tercio de los remeros y de los marinos. Para colmar los huecos, Antonio prescribe a sus oficiales «enrolar a la fuerza a toda la mano de obra local: campesinos, muchachos de granja, carretoneros y hasta peones, para aventarlos a los barcos». Por desgracia, la mayoría de esos hombres no son aptos para el servicio. A pesar de los esfuerzos de los reclutadores, los equipajes siguen estando incompletos. La penuria de los efectivos es tal que muchos navíos están fuera de combate.

Al enterarse de esta noticia, Octavio lanza una escuadra volante sobre la costa meridional de Grecia (primavera de 31). Comandada por Marco Vipsanio Agripa, se apodera de Metona y hace como que explora los parajes para encontrar un lugar propicio al desembarco del resto del ejército. Antonio se precipita de inmediato hacia el sur, para rechazar esa vanguardia hacia el mar.

Pero mientras que su atención está fija en esa dirección, Octavio, pasando más al norte, transporta el grueso de sus fuerzas de Bríndisi a Corcira y de allí a Epiro. Baja después a marchas forzadas hacia el golfo de Ambracia para incendiar la flota de Antonio antes de que haya podido reconstituir sus equipajes.

Como resultado de eso, Antonio da media vuelta y remonta precipitadamente hacia el norte. Llega al promontorio de Accio, en la costa meridional del golfo, en el momento preciso en que Octavio desemboca sobre el promontorio opuesto. Adivinando las intenciones de su adversario, se apresura a completar los efectivos de su flota añadiendo equipos de legionarios y manda colocar sus navíos en orden de batalla. Esa maniobra, ejecutada con prontitud, obliga a Octavio a renunciar a su proyecto.

Antonio se instala entonces en el promontorio de Accio, al que transforma en un campo parapetado. Cleopatra llega para unirse a él unos días más tarde.

Ahora los dos adversarios se encuentran cara a cara. Sólo los separa ya un estrecho canal: el que comunica el golfo de Ambracia con el mar.

## XV

Con la mirada puesta en Accio, el Oriente y el Occidente retienen el aliento y se preguntan con angustia quién saldrá vencedor de ese duelo. Es aquí, en efecto, que

va a tener lugar el último episodio de la guerra civil que César desencadenó dieciocho años antes al cruzar el Rubicón. Farsalia fue la lucha del pasado y del futuro; Filipos, la de la República y de la dictadura. Pero la batalla que se prepara ante el promontorio de Accio verá enfrentarse, por una parte, la voluntad de hegemonía romana sobre el mundo mediterráneo y, por la otra, la última esperanza de ver por fin erigirse un imperio universal.

Octavio, cuyas tropas se amontonan en un terreno demasiado exiguo, evacua su campo para establecer otro a unas cuantas millas hacia atrás de la entrada del golfo. Antonio lo aprovecha para saltar sobre el promontorio que está enfrente del que ya ocupa. Controla así los dos lados del paso. Pero las ventajas de su posición son más ilusorias que reales, pues Octavio no se contentó con levantar alrededor de su campo una circunvalación a cuyo abrigo puede libremente descargar los navíos que le aportan su avituallamiento: dispuso sus galeras de manera que se bloquea la entrada de la bocana, de manera que la flota de Antonio, anclada en la bahía de Ambracia, no puede salir de ella más que abriéndose por la fuerza un camino hacia el mar.

Por ese hecho, los dos adversarios se encuentran en una situación paradójica. Octavio, que recibe su avituallamiento de Italia por vía marítima, bloquea la flota de Antonio al fondo del golfo de Ambracia. Antonio, que recibe su abastecimiento de Grecia por vía terrestre, bloquea al ejército de Octavio sobre la costa de Epiro. Se paralizan mutuamente. Para salir de ese callejón, no hay más que dos soluciones: o bien que Antonio se retire hacia el sur, atrayendo a Octavio al interior de las tierras, o bien que la flota egipcio-romana fuerce el paso del canal y destruya la escuadra octaviana, para reconquistar el dominio de los mares. Dependiendo de que prevalezca una u otra de las soluciones, Accio será una batalla terrestre o una batalla naval.

Durante las semanas que preceden el enfrentamiento final, las dos posibilidades son intensamente debatidas en el estado mayor de Antonio. Engendran una doble disputa. Primero, entre Antonio y sus generales; después, entre Antonio y Cleopatra. Hay que examinarlas con atención, porque Accio no es una batalla como las otras. Los cronistas antiguos dan de ella versiones demasiado diferentes como para que se pueda hacer suya sin reservas cualesquiera de ellas y los historiadores modernos, desencaminados por sus contradicciones, hablan de ella como de un enigma del que se hubiera perdido la clave. Ello está conectado con el hecho de que, de todas las batallas de la historia, Accio es aquella en la que la psicología ocupa el primer lugar. Es ésta — y no la estrategia — lo que determinó la forma y el desarrollo de las operaciones.

Desde el punto de vista de los generales romanos, la mejor solución consistía en replegarse hacia el interior, para inducir a Octavio a salir de su madriguera y obligarlo a enfrentar a las legiones de Antonio en Grecia. La superioridad de los efectivos terrestres de los que dispone el triunviro bastaría, según ellos, para

asegurarles la victoria. Como el ejército de tierra no comporta ningún contingente egipcio, sería una batalla *exclusivamente romana*, lo que limpiaría a Antonio de la sospecha de ser un simple ejecutor de las voluntades de Cleopatra. Esta táctica ofrecería, además, la ventaja de sacar a la luz la inseguridad de Octavio, cuando pretende que no le hace la guerra a Antonio, sino únicamente a la reina de Egipto.

Huelga decir que Cleopatra está decididamente en contra de esa forma de ver las cosas. Para ella, no hay más que una solución: forzar el paso del canal y librar una batalla naval. Ella siente que el proyecto de los generales tiende sobre todo a hacerla a un lado. Si se opta por las operaciones terrestres, Egipto no tomará en ellas ninguna parte. En tanto que si la guerra se lleva a cabo en el mar, su flota sí jugará un lugar preponderante, lo que le permitirá hacer valer sus derechos al término de la campaña.

Por su parte, ella bosqueja un audaz plan. Basta que la flota egipcio-romana triunfe sobre la de Octavio para que éste quede atrapado como en una ratonera. Será inclusive inútil esperar su rendición: con dejar en el sitio los efectivos necesarios para inmovilizarlo en Accio, Antonio y Cleopatra dirigirán sus velas hacia Italia con veinte o treinta mil legionarios y tomarán posesión de una Roma casi desierta. Porque no quedan en la capital ni fuerzas militares ni autoridad civil debido a que Octavio, para darle más peso a su legitimidad y más brillo a sus operaciones, decidió que todo el senado lo alcanzara en Accio. Una vez que su poderío naval haya quedado aniquilado, Antonio y Cleopatra entrarán en la ciudad sin encontrar resistencia, en tanto que en Grecia el enemigo estará reducido por el hambre. Así, pues, «una sola batalla naval y Roma les pertenece». Perspectiva mucho más exaltante que la de una lenta y apagada retirada hacia el interior.

A pesar de todos sus esfuerzos, Antonio no logra que sus generales acepten ese plan. No sólo la operación les parece azarosa, sino que montan en cólera ante la idea de que el triunviro pueda hacer su entrada en Roma al lado de Cleopatra.

— Los ciudadanos romanos no lo tolerarán, le afirman. Le dará un golpe fatal a su propia reputación al aparecer del brazo con una extranjera en el Capitolio. ¿Acaso no ve que esa mujer es la causa de su pérdida? Es ella quien ejerce el mando supremo. Quiere regentear todo, al punto de hacerlo aparecer como una sonaja entre sus manos. Libérese de ella lo más rápido posible, para que recupere cuanto antes la confianza de su ejército. De hecho ¿para qué sirve ella, si no es para comprometerlo? La razón política, el éxito de la campaña y la moral del ejército exigen que se aleje. Que regrese a Egipto para esperar allá el fin de la guerra. Con ello, Octavio habrá perdido todo pretexto para atacarlo!

Pero ¿cómo hacer partir a Cleopatra mientras Octavio siga bloqueando la flota egipcia?

— Por tierra, replican sin vacilar Domicio Ahenobarbus, Delio y Amintas, quienes se han transformado en los portavoces del ejército. Que se vaya a Egipto pasando por Grecia y Siria!

Esta manera de proceder le parece inadmisibles a Antonio. Sería infligirle a la reina una humillación inmerecida. Su partida tomaría el aspecto de una huída o de una caída en desgracia. Su lenta peregrinación a través de Asia Menor no dejaría de provocar movimientos de piedad en su favor, quizá hasta levantamientos en contra de las guarniciones romanas. Además, Antonio conoce demasiado bien su espíritu combativo para creer que ella consentirá en abandonar su flota en un momento así. Tan pronto los equipajes egipcios se enteren de su partida, se irán a la desbandada y sus navíos serán entregados sin defensa a las represalias de Octavio. No obstante, para calmar la susceptibilidad de sus generales, les promete — independientemente de cuál sea la solución que se adopte — que no hará su entrada en Roma al lado de la reina y que no intentará instaurar la monarquía en Italia. Más aún: se compromete, una vez que la guerra haya terminado, a restablecer allá en toda su integridad las instituciones republicanas.

Una última vez, los generales expresan su preferencia por el repliegue hacia el interior. Cuando Antonio da por terminada el encuentro, los jefes del ejército, ya tranquilizados, lo dejan. Están convencidos de haberlo ganado a su proyecto.

Dividido por esas opiniones contrarias, Antonio se dirige a las habitaciones de Cleopatra para tratar de hacerle sentir cuán inoportuna es su presencia. Los generales lo mortificaron evocando la desagradable tutela que ella ejerce sobre él. No puede impedir imputarle la desafección de su ejército. Es evidente que su tarea se vería muy facilitada si ella consintiera en alejarse. Pero ¿cómo hacérselo comprender?

Cuando se presenta ante Cleopatra, la encuentra agitada, con fiebre, presa de sombríos presentimientos. Acaban de enterarla de un cierto número de hechos que le parecen de mal augurio. En Atenas, un huracán de una extrema violencia derribó una estatua de Baco que representaba al dios con los rasgos de Antonio, al igual que dos colosales efigies de Eumenia y de Átala llevando cada una su nombre. En Ambracia, una pareja de golondrinas de mar había construido su nido en la popa de la galera real. Otra pareja, que pasaba de largo, la corrió a picotazos igual que a su nidada, para instalarse en su lugar. Una correlación se estableció en su mente entre esos incidentes y el hecho de que en Patras el rayo había caído unos meses antes en el templo de Hércules, del cual Antonio se dice descendiente, y que un sismo había reducido a escombros la comuna de Pisaura, en otros tiempos fundada por él en la costa oriental de Italia. Adivinos egipcios le predijeron hace algún tiempo «que el genio de Antonio declinaría ante el de Octavio». En aquel entonces ella recibió esa predicción alzando los hombros. ¿Podía ella no recordarlo cuando vio aparecer ante ella a un hombre tan disminuido cuando lo compara con el soberbio guerrero con el que se topó en Tarso?

Pero cuando Antonio le dice que sería preferible que regresara a Egipto, que todo el ejército lo desea y que él mismo no vería en ello ningún inconveniente, su cólera estalla en términos vehementes. Le reprocha a Antonio haber perdido toda

dignidad, no ser más que la sombra de lo que fue. ¿Cómo puede él ser tan estúpido para no adivinar los pensamientos ocultos de sus generales? Al trabajar para separarlos a uno del otro, no tratan más que de romper los vínculos que unen a Egipto con Roma. A diez años de distancia, tienen la misma reacción que los medios senatoriales respecto a César. Con todo, el vencedor de Pompeyo oponía a sus ataques un soberano desprecio, en tanto que Antonio parece adelantarse a sus deseos. ¿No les prometió acaso restablecer las instituciones republicanas en Roma apenas haya vencido a Octavio? En ese caso ¿qué pasará con Cesarión? No contento con traicionar la herencia de César ¿no ve acaso que él mismo socava con sus propias manos los fundamentos del Imperio que se proponía erigir y que no puede ser universal más que a condición de ser una monarquía? Decididamente, es abyecto!

Antonio baja la cabeza ante esa avalancha de reproches, en la que Cleopatra entremezcla los sarcasmos más hirientes. Lo acusa en tono mordaz de «querer asegurarse la victoria al precio de su divorcio». Pero cuando, excedido, Antonio le intima la orden de partir, la reina de Egipto se rehúsa con indignación. ¿Por quién la toma? ¿La ve él acaso caminando como una reprobada por las rutas de Asia, exponiendo públicamente su vergüenza a los ojos de sus súbditos? Nunca abandonará ella su flota, nunca dejará de combatir. Por qué no mejor pedirle que renuncie a la vida ....

Ante esa mujer chispeante de cólera, que defiende con furor los derechos de su hijo, Antonio se siente inundado de admiración y de remordimientos. Las lágrimas afloran en sus ojos y le suplica que se calme. Sin saber ya qué hacer, le jura que está listo a suscribir su plan y a renunciar a su proyecto de repliegue sobre Grecia. Forzará el bloqueo de Octavio y librárá la batalla naval que tan importante es para ella. Pero le suplica que no lo humille más delante de sus generales. Le pide que le haga una ligera concesión, so pena de ver que las desertiones se multipliquen en el ejército: mientras que las legiones cercarán el campo de Octavio, Antonio se dirigirá solo a Roma, escoltado por sus navíos, en tanto que Cleopatra se hará a la vela hacia Alejandría, en donde esperará su regreso....

Cleopatra está decepcionada más allá de toda expresión. Es cierto que Antonio se adhirió a la solución que ella prefiere: la batalla naval. Pero al prescribirle irse directamente a Alejandría, en lugar de hacer con ella una entrada triunfal en Roma, le quita con una mano lo que le concede con la otra. Con ello, Antonio acaba de proporcionarle la prueba de que no comprende nada de sus pensamientos. ¿Lo habrá hecho alguna vez? En ese preciso instante, ella lo desprecia como nunca antes. ¿Le asegura que ella es un peso para él? ¿Cree él de casualidad que él no es igualmente un peso para ella? ¿Cree él acaso que ella no está harta de luchar contra su debilidad, de levantarlo cuando cae, de consolarlo cuando está abatido, de explicarle día tras día lo que conviene hacer?

A partir de ese momento, ella le manifiesta una marcada frialdad. Lo aparta de su lecho y rehúsa dirigirle la palabra. Puesto que no quiere escucharla, que haga lo que quiera. Ella ya no se meterá más a darle consejos....

Antonio se siente cada día un poco más desamparado, un poco más miserable. El que lo hayan puesto en cuarentena es algo que no puede soportar. Llora, gime, le suplica que lo perdone. Le jura sobre la cabeza de sus hijos que nunca ha pensado en separarse de ella, que ella es su única razón de ser, que es su propia vida lo que ve brillar en el fondo de sus pupilas. Pero ella permanece intratable. Actúa en todo como si él no existiera....

El desafortunado Antonio tiene los nervios destrozados. La indiferencia de Cleopatra se vuelve tal que llega a temer que atente contra su vida. Los generales, naturalmente, se felicitan por la querrela. Ven en la frialdad de Cleopatra el signo un próximo rompimiento. Pero Antonio se marchita al grado de perder el sueño. Comparte sus inquietudes con algunos íntimos, quienes informan a la reina. Ésta entonces decide darle una lección.

Durante una comida, ella se hace servir vino en una ánfora en la que todos los convidados bebieron. Después de beber ella misma un sorbo, le tiende su copa a Antonio. Éste no cree a sus propios ojos. ¿Es la reconciliación? Encantado, toma la copa y se la lleva a los labios, con la urgencia de poner sus labios en el lugar en donde Cleopatra puso los suyos. En ese instante, para darle aparentemente un poco más de gracia a su gesto, ella deja resbalar en la bebida la guirnalda de flores que adorna a sus cabellos. Antonio levanta de nuevo la copa, pero ella bruscamente se la hace caer de sus manos.

— No bebas! le dice. Esa bebida está envenenada!

Antonio protesta y le hace observar que ella antes que él bebió de ella. Con una calma imperturbable, Cleopatra le revela que la corona de flores fue bañada en veneno y, con una carcajada, añade:

— Yo te habría matado ya mil veces, si hubiera podido pasarme de tus servicios!

Semejantes reflexiones, proferidas en público, no están hechas para disminuir la desesperación de Antonio. Su angustia aumenta todavía más el día en que debe hacerle saber a sus generales que, finalmente, optó por la batalla naval. Los jefes del ejército se quedan estupefactos: capituló! ¿Mediante qué maleficio provocó la reina en él un cambio tan total? Él les había prometido hacer lo contrario! Convencido de que el triunviro está irremediabilmente perdido, Domicio Ahenobarbus lo abandona esa misma noche para unirse a Octavio. Esa deserción constituye un golpe muy severo para Antonio. Menos severo, sin embargo, que la patética súplica que le dirige un oficial de infantería:

— Oh general! le dice, señalando las innumerables cicatrices que marcan su cuerpo, ¿qué hicieron nuestras heridas y nuestras espadas para disgustarte al punto de que ahora depositas tu confianza en planchas podridas? Deja que los egipcios y



los fenicios combatan en el agua. Pero a nosotros, danos el suelo en el que tan bien sabemos morir cuando los dioses nos rehúsan la victoria!

Es dividido por esas dos voluntades contrarias — los deseos de su ejército y las exigencias de la reina — que Antonio aborda la batalla que habrá de decidir su vida.

## XVI

El 23 de agosto de 31, un poco antes del amanecer, las tropas de Antonio se embarcan en las pesadas galeras romanas. Veinte mil legionarios y dos mil arqueros ocupan sus lugares en las naves. Algunas de éstas tienen hasta diez niveles de remeros. Son, por lo tanto, mucho más voluminosas que las de Octavio. Pero el viento se levanta. Es el terrible «Boria», que llega desde el fondo del Adriático. El mar está crecido. Durante cuatro días seguidos, todas las tentativas por atravesar el paso deben posponerse para el día siguiente. Esa espera es una ruda prueba para los nervios de los equipajes. Habiendo perdido confianza en la estrella de Antonio, los soberanos aliados Delio y Amintas se pasan al enemigo con sus contingentes. Esas nuevas deserciones inquietan a Antonio, cuantimás que Delio está al tanto de su plan de operaciones.

El 1º de septiembre, el mar por fin se calma. Al atardecer, Antonio se presenta en sus galeras para alentar a sus hombres. Advertido por Delio de que la batalla es inminente, también Octavio se prepara para el combate. Embarca en sus navíos ocho legiones y cinco cohortes pretorianas.

Al día siguiente por la mañana, las dos escuadras levantan el ancla acompañadas por los vivos de los ejércitos de tierra, concentrados frente a frente en los dos promontorios. Octavio reúne sus navíos a alrededor de tres cuartos de milla de la entrada del golfo de Ambracia y divide su flota en tres escuadras: la de la izquierda, comandada por Agripa, la del centro, por Lucio Arruntio, y la de la derecha, por él mismo en persona.

Hacia el mediodía, las potentes naves de Antonio comienzan a salir del canal bajo la protección de las tropas y de la maquinaria de guerra. Reconociendo la imposibilidad de atacar los navíos de Antonio mientras se encuentran en el paso, Octavio se retira un poco para permitirle a su adversario desplegar sus fuerzas en orden de batalla. También ellas están divididas en tres grupos: el de la izquierda, comandado por Cayo Sosio, el del centro, por Marco Insteio, el de la derecha por Antonio, que se encuentra también frente a la escuadra de Agripa. Las sesenta unidades egipcias, colocadas bajo el mando de Cleopatra, son las últimas en abandonar el golfo. El hecho de que hayan izado sus grandes velas de púrpura, con las que de costumbre no se aparejan las unidades de combate, indican que se preparan a alcanzar Alejandría tan pronto termine la batalla.

Todo permite pensar que en ese momento Antonio se dirigirá a la galera de Cleopatra para ofrecerle sus adioses. Algunas horas antes, los dos esposos se habían separado después de declaraciones dramáticas. Cleopatra había dado rienda suelta a su amargura. Le expresó a Antonio toda su aflicción de mujer abandonada y el derrumbe de las últimas ilusiones que se hacía en relación con él, llegando hasta a decirle «que lo dejaba con delicias y esperaba no volverlo a ver nunca más». Antonio, enardecido por la inminencia del combate, había replicado que también ese era su deseo y que sólo le pedía una cosa: que le evitara sus recriminaciones. En pocas palabras, se subieron a sus respectivas galeras «con palabras crueles en los labios y la rabia en el corazón».

Pero Antonio no es hombre que soporte mucho tiempo el recuerdo de una escena tan penosa. Él siente por Cleopatra una pasión tan ardiente como en los primeros días, una pasión que sus recientes querellas avivan aún más. No se resigna a dejarla después de declaraciones hirientes y no piensa más que en una cosa: demostrarle mediante su conducta que todavía merece su amor. Se dice a sí mismo que después de la victoria ella será de nuevo risueña y dócil, que lo recibirá con los brazos abiertos cuando vaya a anunciarle la derrota de su enemigo común. De ahí que no tenga más que una preocupación: lanzarse a la refriega.

La batalla se inicia con el avance de la escuadra izquierda comandada por Antonio y una tentativa de Agripa por desviarlo hacia la derecha. Después de eso, todas las demás unidades se lanzan al abordaje. «Cuando entraron en combate, nos dice Plutarco, las naves no intentaron cargarse mutuamente, ni penetrar con sus espolones, porque las de Antonio, debido a su enorme volumen, no podían alcanzar la velocidad que hubiera hecho eficaz su choque, en tanto que las de Octavio no se atrevían a abordar de proa a proa las construcciones enemigas, armadas en masas compactas y con puntas de bronce, ni siquiera a atacar sus flancos sólidamente contruidos con vigas cuadradas, remachados con garfios de hierro contra los cuales sus propios flancos se habrían quebrado. La acción, por lo tanto, adquirió el aspecto de una batalla de tierra firme o, más precisamente, del asalto de una plaza fuerte, pues tres o cuatro navíos de Octavio rodeaban sin cese a cada uno de los de Antonio, apretándolo con lanzas, jabalinas, garrochas y diversos aparatos de fuego que disparaban, en tanto que los hombres de Antonio se servían de catapultas para lanzar proyectiles sobre ellos desde lo alto de sus torrecillas».

Durante cuatro horas la batalla causa estragos — cuatro horas durante las cuales la verdad atroz poco a poco se hacía sentir: los enormes buques de Antonio, pesados y difíciles de manipular, estaban siendo nítidamente dominados por los pequeños navíos de Octavio.

La refriega es tan densa y la galera de Antonio tan furiosamente enganchada por todos lados que el triunviro no tiene una visión de conjunto de la batalla. En el estrecho espacio que se abre a su mirada, ve que su buques se incendian, se hunden o son capturados unos tras otros. Un pensamiento empieza entonces a obsesionar su

mente: ¿qué hará el ejército de tierra? ¿Se sostendrá, en caso de destrucción de la flota? Si así fuera, le sería posible todavía derrotar a Octavio con sus legiones y compensar el desastre naval con una victoria terrestre. ¿Pero si no? Ay! ¿Por qué no siguió el consejo de sus generales?! Ahora lo entiende: no era en el mar sino en tierra en donde más posibilidades tenía de llevarse la victoria.

También la galera de Cleopatra es acosada por el enemigo. Empero, gracias a una hábil maniobra, la reina logra desprenderse y tomar un poco de distancia, lo cual le permite formarse una opinión más clara de la situación. Oye el choque de las armas, el llamado de las trompetas y los gritos de triunfo de los marinos de Octavio cada vez que uno de las pesadas construcciones de Antonio se hunde o se incendia. Oye las explosiones, los aullidos de los equipajes, el crujido siniestro de los cascos desfondados. Ve extenderse las llamas a lo largo de los mástiles y de los aparejos, en tanto que oscuros penachos de humo se elevan hacia el cielo. Ve cómo el oleaje engulle las galeras de Antonio, en tanto que las naves de Octavio multiplican sus ataques con un encarnizamiento cada vez mayor en la medida en que el combate se prolonga. ¿Cómo esperar, en esas condiciones, que Antonio pueda salir triunfador?

Al atardecer, mientras que el resultado de la batalla es todavía incierto, empieza a soplar un fuerte cierzo. Proveniente del norte, sopla en dirección de África. El mar se vuelve a encrespar. Es una réplica de la borrasca que sopló durante los cuatro días precedentes. Las olas que llegan a romper al casco de la galera real contribuyen a la confusión general. Entonces Cleopatra considera que la batalla está perdida.

Invadida por una insuperable angustia, se pregunta que hace aún allí. ¿No le indicó Antonio su despedida en términos formales? ¿No le dijo, en varias ocasiones, que su mayor deseo era verla partir? ¿Por qué no tomarlo al pie de la letra? Se había convenido que la flota egipcia se retiraría al tener el resultado del enfrentamiento. Y éste era ya inminente. No es, desgraciadamente, el que ella había esperado! Lejos de llegar a Egipto en una estela de gloria, tendrá que escaparse por un mar sembrado de restos, en donde las últimas oportunidades de Antonio se hundirán junto con sus navíos...

Entonces ella toma la decisión fatal. Le parece que el viento que de pronto arrecia y que sopla del Adriático en dirección de Egipto le muestra el camino. Es un signo que le dan los benévolos dioses. Dando la orden de reagruparse a sus dispersas unidades, despliega sus grandes velas púrpuras y se enfila, empujada por el viento, en dirección del sur.

Antonio, quien había logrado zafarse en su buque insignia del enjambre de las galeras octavianas que lo atacaban por todos lados, ve con estupor que la flota egipcia se aleja. ¿Es ello posible? ¿Cleopatra lo abandona? ¿Deja ella el campo de batalla? Pero ¿acaso no le intimó la orden él mismo? ¿Cómo pudo él pronunciar tan malhadada palabra? Cleopatra lo abandona en el preciso momento en que él estaba en una situación desesperada y que como nunca habría necesitado su presencia....

Antonio se siente como aniquilado por esa inesperada partida. Vuelve a ver su adorado rostro, sus ojos llenos de luz, sus labios en los que parece estremecerse el ardor mismo de la vida. Ella había sido su inspiración, su voluntad, su alma... Un vacío atroz se instala en su corazón, tan grande que se traga hasta el fragor de la batalla. La idea de que Cleopatra lo abandone sin siquiera decirle unas palabras de adiós, después de una desgarradora escena de la cual ella debe llevar un horrible recuerdo, le causa un dolor tan punzante que le arranca un grito. Tiene que volverla a ver a cualquier precio aunque no sea más que por un instante — no puede separarse de ella con ese horrible malentendido! Haga lo que haga, por ahora la batalla está perdida. Ya nada podría modificar el resultado. Pero ¿qué es ese derrumbe frente a la pérdida de su amor? Le urge alcanzar a Cleopatra cueste lo que cueste, no dejar que sus velas púrpuras se desvanezcan en el horizonte, pues de lo contrario sucumbirá a una crisis de locura.

«Es aquí, dice Plutarco, que Antonio le dejó ver al mundo que ya no lo guiaban pensamientos y móviles de jefe, ni siquiera de ninguna manera su propio juicio; y lo que algún día se dijo como broma, esto es, que *el alma de un amante vive en el cuerpo de la amada*, se revela aquí como una verdad trágica. Porque como si hubiera nacido formando parte de su persona y constreñido a desplazarse con ella a donde ella fuera, apenas vio que sus galeras se alejaban, abandonó a quienes ofrecían su vida por él, con tal de seguirla».

Llamando a voces a una de sus galeras rápidas, Antonio se sube a bordo y le ordena al capitán que alcance la nave de la reina. Lleva con él únicamente a Alejandro el Sirio y a un cierto Scelias. Su galera de cinco bancos de remos cingla hacia mar adentro y no tarda en alcanzar a la flota egipcia. Cleopatra se entera entonces de que Antonio abandonó su puesto para verla una última vez.

«Imaginamos fácilmente sus sentimientos, nos dice Weigall. Así, pues, su anticipada retirada puso fin a la lucha y le quitó a Antonio y a los suyos su última esperanza de vencer! Allí está, vencido y parecería que un fin próximo fuera lo que podría sucederle de más afortunado. Pero Cleopatra presiente que ella no se liberará tan fácilmente de ese peso muerto: él se va a aferrar a ella hasta la última extremidad. Nunca llegará ella a zafarse de él y, al ahogarse, él la arrastrará con ella. Pero es exigirle demasiado que abandone en su derrota a ese esposo que, sin embargo, quiso excluirla de su victoria. Como a pesar de ella, le hace señas de que suba a bordo. Una vez hecho, ella se retira a su cabina y se rehúsa a verlo o a dirigirle la palabra. Ayudan a Antonio a levantarse sobre el puente, demasiado embrutecido para pedir que lo conduzcan hacia la reina y demasiado abatido para desear que ella se acerque a él. Como en un sueño, se dirige hacia la proa y allí se sienta, escondiendo su cabeza entre sus manos, sin proferir una sola palabra».<sup>clxvi</sup>

## XVII

Durante tres días completos, Antonio permanece postrado en la parte delantera del navío. No ve ni el mar ni el cielo ni el horizonte ante él, ni la estela de espuma que la galera deja tras sí. Con las manos inertes, la mirada vacía, permanece inmóvil, agobiado por su dolor. Cuando la nave real llega al puerto de Tenaro, está todavía en el mismo lugar, lívido y silencioso.

Su estado causa tal pena que las dos doncellas de la reina, Iras y Carmión, le suplican a la soberana que se apiade de él.

Durante toda la travesía, Cleopatra permaneció en su cabina, ocupada en esbozar nuevos planes de campaña. Ella se juró a sí misma no volver a tener ningún contacto con el hombre cuya incoherencia le había valido tantas decepciones y desgracias. Pero cuando le describen su desesperación, su postración y sus rasgos descompuestos, se apiada de él. Como cuando regresó de Fraaspa, la imagen de su desamparo la transtorna. Va hacia él y le dirige unas cuantas palabras de consuelo. Al oír su voz, Antonio tiene la impresión de volver a nacer. No todo está perdido, puesto que Cleopatra le habla! Le besa las manos, implora su perdón.

Cleopatra nunca pudo resistir la mirada de Antonio. Menos aún en ese instante en que lo ve tan miserable y tan totalmente desilusionado. Lo hace llevar a su cabina, ordena a sus acompañantes que lo unjan de aceite de palma y, por último, lo invita a cenar.

Después de una breve escala en Tenara, el barco vuelve a hacerse a la mar. Unos días más tarde llega a la vista de Paretonio, unos suburbios desolados situados en la costa egipcia, a unas ciento sesenta millas al oeste de Alejandría. Una pequeña guarnición romana se encuentra allí estacionada. Antonio decide ocultarse allí durante unos días, en tanto que Cleopatra sigue su ruta hacia Alejandría. Ella misma debió haberle hecho entender que después de semejante derrota era más juicioso que no se mostrara a la multitud egipcia. ¿Teme ella también que su presencia a su lado la comprometa a los ojos de sus súbditos? Triste inversión de situación! Los argumentos que invoca para impedir que la siga son los mismos que Antonio empleó para disuadirla de que lo acompañara a Roma.

Cleopatra retoma entonces el camino hacia la capital, dejando a Antonio en esa costa árida y desolada. Fuera del fortín mismo, pequeño puesto de vanguardia tostado por el sol en los límites del desierto, sólo se ve una modesta aldea y algunos grupos de palmeras, los únicos elementos que rompen la huida horizontal de las arenas. Fue con una decoración parecida que se enterró a Pompeyo, como si esa costa baja e inhospitalaria estuviera destinada a recoger las glorias romanas destrozadas....

Para ocupar sus largas jornadas de ansiedad y espera, Antonio se pasea en la arena, en compañía del retor griego Aristócrates y del soldado romano Lucilio. Éste había combatido en Filipos, en donde formaba parte de la guardia personal de Bruto.

Había defendido a su jefe con tal valentía que impidió su captura, dándole así el tiempo para suicidarse. Conmovido por tanto valor, Antonio lo indultó. Convertido desde entonces en su devoto servidor, había estado a su lado en todos los momentos difíciles.

Completamente cortado del mundo, Antonio se pregunta con angustia lo que estará pasando en Grecia y en Egipto. Unos días más tarde, un barco que lleva a gente que viene huyendo de Atenas hace escala en Paretonio. Antonio los interroga. Le relatan entonces los acontecimientos que sobrevinieron luego de su partida de Accio. Le informan que los restos de la flota antonina siguieron luchando hasta el anochecer. Después de ello, los últimos navíos sobrevivientes se replegaron al fondo del golfo de Ambracia. Al día siguiente, Octavio informó a los equipajes y al ejército de tierra que Antonio había huido y los invitó a capitular. Pero ni los soldados ni los marinos quisieron creerle.

Sin embargo, al día siguiente, al no ver reaparecer a su jefe, varios navíos depusieron las armas y, después de una semana de titubeo, Canidio, el comandante del ejército de tierra, se replegó hacia el interior. Una parte de las legiones se dispersó a través de Macedonia, en tanto que el resto de las tropas se rindió al mismo tiempo que la flota (9 de septiembre de 31).

Ocho días más tarde, Octavio se dirige por mar a Atenas, en donde recibe la sumisión de todas las ciudades griegas, con la excepción de Corinto. De inmediato empieza la masacre de los partidarios de Antonio. Para escapar a la represión, los ciudadanos de cada localidad le erigen estatuas y le confieren los honores supremos.

Antonio se siente agobiado de vergüenza al escuchar ese relato, que tan cruelmente le revela las consecuencias de su huida. Su flota aniquilada, su ejército dislocado, sus amigos perseguidos, realmente es demasiado! No sólo Italia, sino también Grecia está perdida. Considerándose deshonorado y ya no sintiendo fuerzas para sobrevivir a tantas desgracias, se abalanza sobre su espada para poner fin a sus días. Pero Lucilio se lo impide. Extraño destino el de ese simple soldado de quien habrán dependido, a once años de distancia, la suerte del vencido de Filipos y la del vencido de Accio!

Lucilio lo anima a que recupere su valor, que no corone su huida con un gesto que acabará de desprestigiarlo. Si ahora se mata, todo el mundo estará convencido de que huyó por cobardía. Aristócrates, Scelias y Alejandro el Sirio unen sus exhortaciones a las suyas. ¿Perecer sin gloria, en una desierta playa arenosa? Sería bueno para otro, pero no para Antonio! Un desenlace así sería indigno de él. Que se recupere, que se reponga, que resista a sus enemigos! Y si está decidido a morir, por lo menos que sea en combate....

A fuerza de ruegos, lo persuaden de alcanzar a Cleopatra en Alejandría, convencidos de que el sólo encontrarse junto ella será para él un apoyo, un estímulo y un consuelo.

<sup>cxl</sup> Arthur WEIGALL: *Cléopâtre*, pp. 137-38.

<sup>cxli</sup> Por lo menos el que proporciona en su *Vie de César* (XLIX), porque en su *Vie d'Antoine* es menos afirmativo (LIV, 3).

<sup>cxlii</sup> «*Femina trita, incesti meretrix regina Canopi*» (PROPERCIO, III, 11, 30 y 39), «*Regina meretrix*» (PLINIO IX, 119).

<sup>cxliii</sup> Es decir, contingentes movilizados por César con miras a su campaña contra los Partos.

<sup>cxliv</sup> Él ya se había encontrado con ella en diversas ocasiones: una primera vez en 55, cuando había estado en Egipto con un cuerpo de caballería a petición de Ptolomeo el Auleta (ella debía tener entonces trece o catorce años); una segunda vez en Roma, durante una estancia en los Jardines transtiberinos, en donde ella recibió a toda la élite de la sociedad romana.

<sup>cxlv</sup> Alusión a un célebre episodio de la *Ilíada*.

<sup>cxlvi</sup> Arthur Weigall: *Cléopâtre*, p. 155.

<sup>cxlvii</sup> Esta descripción se funda en las monedas egipcias de la época, que reproducen la galera de Cleopatra.

<sup>cxlviii</sup> WEIGALL: *Op. cit.*, pp. 157-58.

<sup>cxlix</sup> *Id.*, p. 158.

<sup>cl</sup> *Id.*, p. 159.

<sup>cli</sup> Después de la muerte de Ptolomeo XIV, Cleopatra diseminó el rumor de que César era el mismo dios Ammón que había descendido sobre la tierra y que el niño que nacería de su fusión sería el vástago de una unión divina. En el templo de Hermontis, cerca de Tebas, un bajo-relieve nos muestra a Cleopatra abrazada con Ammón, representado bajo la forma de especies mortales, presidiendo los dioses el nacimiento celestial del niño. WEIGALL: *Cléopâtre*, pp. 83-4).

<sup>clii</sup> Antonio había fundado una asociación de comensales, llamada *Anime tobioi* o «Inimitables Vividores», cuyos miembros se recibían a diario de la manera más extravagante y de la cual el triunviro parece haber sido el presidente. Los miembros de este «club» se entregaban a borracheras interminables bajo la égida de un *Arbiter bibendi* o «maestro en placeres», sobre el cual recaía la labor de mezclar los vinos (Cfr. WEIGALL: *Op. cit.*, pp. 171-72).

<sup>cliii</sup> «Se recordará que muchos años antes, Julio César, con miras a legislar su proyectado matrimonio con la reina, había concebido el texto de una ley en términos de la cual le sería lícito casarse con más de una mujer. Antonio parece haber contemplado una escapatoria análoga. Él se dispensaría de anunciarle al Senado romano su unión con la reina de Egipto, no considerándose ya como sometido en estos asuntos a la antigua rey de Roma, en tanto que Egipto vería, en el cumplimiento de las formalidades de uso, una confirmación legal y terrestre del himen dizque celestial del año 40 AJC» (WEIGALL: *Id.*, *ibid*). La hipótesis de que un genuino casamiento tuvo lugar fue emitida por primera vez por Letronneux, confirmada posteriormente por Kromayer y finalmente aceptada por Ferrero.

<sup>cliv</sup> El término '*Autocrator*' representaba un equivalente griego atinado para el título romano de *Imperator*, convertido en hereditario en favor de Julio César y al cual el dictador ciertamente meditaba conferirle este significado de *Emperador* que debía posteriormente tomar. Si Antonio no se detuvo en *Imperator* es porque, llevado por todos los comandantes en jefe de los ejércitos romanos, le parecía insuficientemente distintivo, y si rechazó *Basileus* o *Rex*, es porque las orejas romanas se indisponían ante estas apelaciones. *Autocrator* implicaba la idea de omnipotencia, sin ser de connotaciones agresivamente monárquicas y conviene señalar que cada uno de los faraones de Egipto lo adoptó después (en jeroglíficos *Aut' Kr' d'r*) (WEIGALL: *Id.*, *ibid*).

<sup>clv</sup> El reino de Judea, en el que reinaba Herodoto, se encontraba así incluido en los territorios de Cleopatra, pero la sustracción de esta región preciosa de la esfera de influencia egipcia fue compensada con la adición del distrito ciliciano el cual, inclusive en tiempos de los grandes faraones, había quedado fuera de las fronteras egipcias.

<sup>clvi</sup> WEIGALL: *Op. cit.*, p. 187.

<sup>clvii</sup> Cfr. Pierre JOUGUET: *L'Impérialisme macédonien et l'Hellénisation de l'Orient*, pp. 42-3.

<sup>clviii</sup> Cfr. Weigall: *Op. cit.*, p. 191. Tomo de este historiador y de Plutarco las grandes líneas de la campaña contra los Partos.

<sup>clix</sup> De donde proviene la expresión proverbial «lanzar la flecha del Parto».

<sup>clx</sup> Hoy Beirut.

---

<sup>clxi</sup> No es del todo exacto, puesto que Cleopatra exigió ser esposa legalmente. Es una de las estipulaciones del Pacto de Antioquía.

<sup>clxii</sup> Suplicio atroz para la sensible naturaleza de Artavazd, hombre fino y culto, autor de comedias y de tragedias no desprovistas de mérito.

<sup>clxiii</sup> WEIGALL: *Op. cit.*

<sup>clxiv</sup> Estas disposiciones tomadas en relación con Alejandro-Helios sin duda se basan en un tratado concluido el verano precedente con el rey de Media, estipulando que Alejandro e Iotapa, princesa heredera de Media, entrarían en posesión del reino unido de Media, Armenia y Partia, a condición de que Antonio prestara su apoyo a la conquista del último de estos territorios. (Cfr. WEIGALL: *Op. cit.*, pp. 203-04). Se ve con ello que el triunviro no había en absoluto renunciado a sus ambiciones orientales.

<sup>clxv</sup> WEIGALL: *Op. cit.*, p. 125.

<sup>clxvi</sup> *Id.*, p. 240.